



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS EMPRESARIALES Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN

“Inserciones laborales endeble y la construcción de las masculinidades. Un estudio en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano”

Directora: Dra. Mabel Burin

mburin@interserver.com.ar

Investigadora principal: Lic. Irene Meler

iremeler@fibertel.com.ar

Informe Final

Diciembre, 2007

I-) Introducción

En el contexto de un estudio conjunto concertado entre el CRIM (UNAM) y el Programa de Estudios de Género y Subjetividad (UCES), exploramos la experiencia de diez varones adultos con responsabilidades familiares que padecen o han padecido situaciones de precariedad laboral o falta completa de ocupación.

Cuando se emprende este tipo de estudios, se tiende a registrar el impacto que ejerce el contexto macro social en la subjetividad de los varones. Ante la inestabilidad del mercado de trabajo, al estar socializados como proveedores económicos, ven fragilizada no sólo su inserción social y su subsistencia material, sino que también padecen una corrosión de su sentimiento íntimo de masculinidad, un eje organizador del psiquismo.

En la producción de la precariedad de la oferta laboral concurren diversos factores, tales como los cambios tecnológicos relacionados con el desarrollo de la informática, la microelectrónica y la robótica, y una modalidad contemporánea de expansión capitalista, que consiste en una tendencia a optimizar las ganancias a través de fusionar las empresas, ahorrando al máximo posible el gasto en salarios. La globalización y la consiguiente internacionalización de los capitales, coadyuvan en este proceso, que concentra los recursos en pocas manos y ha aumentado de modo notable la pobreza (Beccaria, 1996; Rifkin, 1997, Gómez Solórzano, 2007).

Las mujeres, llegadas de modo reciente al mercado de trabajo remunerado, han accedido a ocupaciones comparativamente mejores que aquellas a las que podían aspirar en los comienzos de la Modernidad. Si bien perciben menores ingresos por trabajos semejantes a los desarrollados por varones mejor remunerados (brecha salarial) y se concentran en sectores poco desarrollados de la economía (segregación horizontal del mercado laboral), su condición social es más favorable que en los tiempos en que solo podían trabajar como familiares no remunerados o insertarse en el mercado en condiciones paupérrimas, enfrentando el descrédito y el acoso sexual habitual. A pesar de que aún son pocas las mujeres que llegan a altas posiciones de decisión (segregación vertical del mercado), esta es ya una posibilidad abierta, y es previsible que ellas irán accediendo, de modo creciente, a los puestos gerenciales. Estas reflexiones no implican un desconocimiento del hecho de que muchas mujeres se han incorporado al mercado para suplir los ingresos faltantes que antes provenían del trabajo del esposo (Wainerman, 2002). Pese a que no debemos confundir la

precariedad con la liberación, el ingreso femenino en el mercado de trabajo remunerado ha mejorado de modo notable la condición social de las mujeres.

La situación de los varones como colectivo social, por el contrario, se ve fragilizada. Las prerrogativas tradicionales del trabajo masculino de tiempo completo, “en blanco” y con seguridad social, donde las organizaciones sindicales velaban por los derechos de sus afiliados, han sido erosionadas por los procesos de retracción de la oferta de trabajo, lo que ha dado lugar a un proceso de flexibilización que si bien permite un gran dinamismo de la organización laboral, genera una notable precariedad al no garantizar la subsistencia de quienes trabajan.

Todas estas circunstancias configuran en este período de acumulación capitalista, un contexto adverso en lo que se refiere al bienestar de los varones y de las familias. Se registran nuevos problemas en la salud mental de la población, y sin duda, la disolución creciente de núcleos familiares reconoce entre sus determinantes, este carácter imprevisible que ha adquirido la existencia contemporánea, sometida a las oscilaciones de la demanda laboral. En un país en vías de desarrollo como lo es la Argentina, la baja calidad de las instituciones potencia esta situación general, promoviendo un clima de incertidumbre, donde la precaria estabilidad cotidiana se ha visto conmovida por crisis económicas periódicas que han expuesto a muchas familias al desamparo.

Este estudio pretende vincular de forma significativa las problemáticas de género masculino en el área laboral con los ámbitos de la familia y la salud de los varones. La búsqueda de articulaciones permite establecer nexos significativos para comprender mejor los procesos estudiados. La relación entre el trabajo y la masculinidad se realizará desde la perspectiva de los Estudios de Género, que ofrecen la posibilidad de contar con una nueva categoría para el análisis social y subjetivo.

Estudiaremos la forma en que las transformaciones sociales contemporáneas y la consiguiente inestabilidad de las condiciones de trabajo, afectan la salud mental de los sujetos involucrados en esos procesos y sus modos de vivir en familia. También analizaremos los modos en que está organizada la subjetividad masculina de los sujetos estudiados y los trastornos que la inestabilidad laboral promueve, sobre la base de fragilidades subjetivas previas, específicas para cada sujeto.

La división sexual del trabajo, instalada de modo claramente demarcatorio a partir de la Modernidad en Occidente, ha producido subjetividades diferenciadas genéricamente de un modo polarizado. La masculinidad quedó asociada con el rol productivo y la femineidad con el rol reproductivo. En la Modernidad tardía, esta polaridad ha disminuido, y las subjetividades atraviesan por un proceso de desgenerización (Du Moulin, John; 1991). Sin embargo, aún es poderosa la impronta

subjetiva de la división moderna entre los géneros, y las circunstancias que favorecen una inversión de los roles de género tradicionales suelen ser experimentadas como una amenaza a la identidad y a la estima de sí de los sujetos que se ven inmersos en esos contextos. En nuestro estudio nos proponemos indagar de qué modo cada sujeto ha incorporado estas prescripciones genéricas o ha diseñado diversas transacciones entre las representaciones tradicionales de la masculinidad y otras transicionales, innovadoras o contraculturales. Consideramos como probable, que estas últimas modalidades de posicionamiento en el género les hayan permitido contar con recursos más creativos ante la crisis del empleo.

II-) Metodología de la investigación: Consideraciones sobre algunos criterios metodológicos utilizados.

La investigación realizada procuró establecer articulaciones entre las condiciones contextuales de precariedad laboral y los diversos modos en que se constituye la subjetividad masculina en esas circunstancias. El impacto de la crisis argentina de 2001-2002 sobre la percepción que los hombres tenían de sí mismos y sobre su sentimiento íntimo de ser masculinos, produjo efectos de distinto alcance, que hemos caracterizado como “crisis de la masculinidad”.

El estudio, de carácter exploratorio, incluyó inicialmente la aplicación de un cuestionario a 20 hombres, de edades comprendidas entre 35 y 60 años, residentes en Buenos Aires y el conurbano. El cuestionario fue diseñado por un equipo de psicólogas/os constituido por la Dra. Mabel Burin (directora del proyecto), la Lic. Irene Meler (investigadora principal), y los/as psicólogos/as graduados/as del Diplomado Interdisciplinario en Estudios de Género de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), Lics. Rosa Dobry, Luis Urgoiti y Marta Lucioni. La Lic. Andrea Zaifrani se desempeñó como asistente de investigación.

El cuestionario aplicado procuraba relevar datos de los sujetos relativos a su situación laboral actual y a su historia laboral previa, a su vida familiar actual y a su historia con su familia de origen, a sus experiencias educativas, a sus condiciones de salud actuales y pasadas, y a sus expectativas para el futuro en todas esas áreas de su vida.

A partir de la aplicación de este cuestionario hemos seleccionado diez sujetos. La selección de los sujetos se ha realizado eligiendo aquellos hombres que hubieran estado desempleados en los últimos años o que lo estén en la actualidad; o bien que hayan padecido un cambio desventajoso en su modo de inserción en el mercado de trabajo, debido a la última crisis económica que afectó a Argentina (período 2000-2003). Realizamos con cada uno de ellos una entrevista en profundidad, semi-dirigida.

Hemos solicitado, mediante la aplicación de estas entrevistas, que nos ofrezcan una visión sobre sus modos de vivir en familia y sus estrategias de generación de ingresos económicos. Nos hemos interesado en especial en el estudio de la construcción de sus subjetividades, en cuanto a sus historias personales y familiares, en sus modos de afrontamiento de los conflictos laborales que deben enfrentar en su vida adulta, y en sus proyectos para el futuro.

Al finalizar la entrevista hemos aplicado el test “Persona bajo la lluvia”, que es una prueba gráfica consistente en dibujar con lápiz en una hoja en blanco una persona bajo la lluvia, cuya consigna indicaba que pusiera un nombre y asignara edad a la persona dibujada, y que narrara una pequeña historia acerca de ese personaje. La selección de este test fue realizada sobre la base de su prolongada historia de aplicación en evaluaciones de aspirantes a diversos puestos de trabajo, y considerando que los datos que ofrece han sido ampliamente reconocidos en el campo de la psicología laboral. El objetivo de esta prueba es explorar los recursos del sujeto en situaciones adversas.

Ambos instrumentos, la aplicación de la entrevista en profundidad y del test “Persona bajo la lluvia”, nos permitieron articular los criterios utilizados habitualmente en las ciencias sociales y humanas para los estudios de caso, con los utilizados por el método clínico del cual tenemos amplia experiencia por nuestra formación como psicólogas psicoanalistas.

La utilización del método clínico aplicado a las entrevistas en profundidad y al análisis del test gráfico nos resultó eficaz al poner el acento en la escucha de los relatos que hacen los entrevistados. Se trata de un dispositivo de escucha particular, basada en el criterio clínico psicoanalítico denominada “atención flotante”¹, debido al cual en parte guiamos al entrevistado siguiendo la pauta de entrevista diseñada previamente, al mismo tiempo que prestamos atención a todo detalle que altere de modo inesperado la trama pretendidamente coherente del relato. Ejemplos de esto son los datos omitidos, sugeridos pero no explicitados, la evitación de temas específicos y los *lapsus* o confusiones que se producen en el relato. También procuramos comprender la peculiaridad de las cadenas asociativas creadas por los entrevistados, una variante de la así llamada “asociación libre” propia del encuadre psicoanalítico, más allá de los temas que indagamos específicamente. Nuestra formación nos permite dilucidar que

¹ “Manera como, según Freud, el analista debe escuchar al analizando; no debe *a priori*, conceder un privilegio a ningún elemento del discurso de éste, lo cual implica que el analista deje funcionar lo más libremente posible su propia actividad inconsciente y suspenda las motivaciones que habitualmente dirigen la atención. Esta recomendación técnica constituye la contrapartida de la regla de la libre asociación que se propone al analizando” J. Laplanche, J. B. Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1981.

bajo los relatos manifiestos por los entrevistados, subyacen también contenidos latentes, no expresados directamente pero que son comunicados mediante otros recursos verbales o no verbales (gestuales, posturales, de meta-comunicación, y otros).

Dado que el material disponible se acotó al registro de una sola entrevista, en la decodificación psicodinámica que hemos realizado, debemos reconocer la presencia de un enfoque hermenéutico, es decir que también recurrimos a una clave simbólica psicoanalítica con la cual estamos familiarizadas para dar sentido a algunas manifestaciones de los sujetos. En el campo del psicoanálisis el recurso a la interpretación simbólica fue introducido tempranamente por Freud en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900). Cuando las asociaciones libres del analizando cesaban, el analista recurría a una decodificación donde refería los detalles del sueño a símbolos supuestamente universales, relacionados con situaciones estructurales por las que atraviesa todo ser humano dada su inmadurez inicial, su dependencia de los cuidados maternos, su inserción en una organización familiar y el rol fundante que el psicoanálisis asigna a la sexualidad. Jean Laplanche (2001) ha cuestionado de modo categórico este recurso interpretativo, defendiendo el punto de vista de que lo que caracteriza al método psicoanalítico es el análisis, la deconstrucción, que no debe guiarse por ningún código preestablecido para poder tener acceso a lo inconsciente. Es posible que esta perspectiva sea adecuada en el contexto de un psicoanálisis clínico, pero cuando se aplica el marco teórico psicoanalítico a una investigación de corte psicosocial como la presente, consideramos lícito combinar el recurso a las asociaciones del entrevistado con el de la decodificación simbólica.

El material del sujeto tampoco surge de modo totalmente “libre”, sino que responde a una pauta de preguntas. Aún con esta modalidad de trabajo, la creatividad de cada sujeto se expresa en la forma que elige para construir su relato y las relaciones que establece a partir de la consigna. En última instancia, cada estudio de caso es tomado en este contexto como una apertura para explorar tendencias subjetivas posibles de ser generalizadas, a partir de otros diseños de investigación que resulten apropiados a esa finalidad. Por lo tanto, la exploración idiosincrásica encuentra su límite en las aspiraciones de detectar tendencias típicas de determinados sectores de varones.

Asimismo, hemos evaluado los rasgos de la así llamada “transferencia” en la entrevista, que consiste en un tipo de vínculo singular que se establece entre el entrevistado y su entrevistadora, donde el entrevistado reitera modalidades vinculares habituales construidas en la relación temprana al interior de la familia. En esta investigación hemos considerado tanto la transferencia positiva – de colaboración e interés en la participación - como negativa – por ejemplo, las actitudes hostiles o

reticentes - , con el acento puesto en la relación entre los géneros. El contexto de la entrevista nos permitió observar diversos modelos de relaciones entre los entrevistados en tanto varones, con sus entrevistadoras en tanto mujeres: algunos utilizaban un modelo confesional, otros un estilo exhibicionista, otros hicieron intentos de dominación y/o de manipulación del contexto de la entrevista en cuanto a la duración, el lugar, el horario, etc., y finalmente hubo quien procuró un estilo de seducción erótica de su entrevistadora. Hemos considerado que todos estos estilos apuntaban a diversas fuentes de ansiedad y diversos modos de ejercicio de poder, teniendo en cuenta la perspectiva del género para estudiar este tipo de interacciones. Laplanche y Pontalis (ob.cit.) citan un pasaje de Freud donde el creador del psicoanálisis expresa que "(...) cada uno posee en su propio inconsciente un instrumento con el que puede interpretar las expresiones del inconsciente de los demás" (Freud, 1913). Estas características estructurales favorecen el recurso al análisis de la transferencia y de la contratransferencia de la entrevistadora, aún fuera del encuadre psicoanalítico clínico.

Esta aplicación del método clínico psicoanalítico en sentido amplio, se ha revelado como eficaz también en sus efectos sobre algunos sujetos entrevistados, que nos han comentado el efecto cuasi-terapéutico de la experiencia ofrecida. Al crear un relato de quiénes fueron y quiénes estaban siendo como hombres en relación a sus trabajos, sus familias, su salud, sus proyectos vitales, etcétera, nos manifestaron que la narración les había permitido transformar su experiencia individual, -sobre la cual en muchos casos nunca habían reflexionado-, en una experiencia compartida, en el marco de una escucha deferente y empática. Otros sujetos, en cambio, percibieron el acto de brindarnos los datos de su historia laboral, familiar, de salud, etc., como una situación en la cual les estábamos extrayendo información que hubieran preferido conservar como un bien valioso sólo para sí mismos. Uno de ellos, inclusive, entró en estado de sospecha respecto de qué haríamos con los datos que nos brindaba – a pesar de que en el encuentro inicial figuraba de modo claro y explícito un convenio de confidencialidad -. El modo de expresar su desconfianza consistió en retacear información, reducirla al máximo, y repetir los mismos relatos reiteradamente abreviándolos, como una manera de sentirse menos expuesto. Otro sujeto demostró una conducta que nos permitió registrar, en el contexto de la investigación, la repetición de las condiciones conflictivas mediante las cuales sostiene y persiste en su precariedad laboral, aún cuando las condiciones de su medio ambiente y las oportunidades de trabajo habían mejorado de modo considerable. A pesar de su interés manifiesto por participar de esta experiencia, el sujeto faltó a una cita y luego llegó tarde a la segunda, perdiendo la oportunidad de conservar el horario de la

entrevista. Otro entrevistado se retiró apresuradamente antes de finalizar, pretextando tener otra actividad que le requería su atención. El primer sujeto, olvidó objetos personales en el lugar donde se había realizado la entrevista, que luego tuvo que regresar a buscar: este era su modo de expresar cómo utilizaba en su perjuicio las oportunidades que se le presentaban, con falta de focalización en sus intereses y una deficiente administración del tiempo y el espacio. Todas estas experiencias son distintas modalidades de expresión de las actitudes masculinas ante una investigación de este tipo.

El análisis de estos recursos subjetivos como modos de afrontar y procesar sus conflictos, nos resultó útil para procurar establecer una tipología, mediante la agrupación de rasgos de los sujetos que compartían caracterizaciones semejantes. Sin pretender que la tipología sea exhaustiva, hemos podido agrupar rasgos subjetivos diferenciados entre varones *Tradicionales*, *Transicionales*, *Innovadores* y *Contraculturales*. Esta es una caracterización que ya habíamos utilizado previamente en relación con el afrontamiento de mujeres de mediana edad referidas al conflicto con el “techo de cristal” en sus carreras laborales (Burin, M., 1996) y al análisis del vínculo de parejas (Meler, I., 1994). Aunque insistimos en destacar que no existen tipos puros, señalamos que hemos hallado “casos típicos” representativos de cada una de estas caracterizaciones. Los varones *tradicionales* representan lo que se ha denominado “masculinidad hegemónica”, (Connell, R. 1996), caracterizada por el dominio. Los varones *transicionales* presentan características mixtas, donde coexisten rasgos tradicionales con aspectos innovadores. Los sujetos *innovadores* tienden a organizar su subjetividad con un criterio de desgenerización, o sea de alejamiento con respecto de la polarización moderna que se ha establecido entre los rasgos de personalidad considerados como masculinos y aquellos asignados a la femineidad. Finalmente, los entrevistados *contraculturales* presentan rasgos de carácter semejantes a los que los estereotipos de género convencionales acostumbra a esperar de las mujeres, sin que esto implique una inversión del deseo sexual.

Con la utilización de este tipo de análisis en la investigación realizada hemos expresado nuestro supuesto acerca de la doble inscripción de la problemática de la precariedad laboral y de la crisis de la masculinidad: objetiva y subjetiva a la vez. En ella se combinan eventos de la realidad externa – tal como fue la brutal crisis socioeconómica en Argentina en 2001-2002 y sus secuelas de desempleo y/o precariedad laboral, con rasgos idiosincrásicos de la realidad interna de cada sujeto para enfrentar estas situaciones conflictivas.

III -) Género masculino, trabajo y subjetividad

A- La construcción social de la masculinidad: Tendencias transculturales

Resulta en apariencia contradictorio considerar que la masculinidad, entendida como un sistema de representaciones, valores y prácticas referidas a lo que un grupo humano considera deseable para los varones, es a la vez el producto de una construcción social e histórica y, al mismo tiempo, presenta ciertas tendencias que se reiteran a lo largo del tiempo y a lo ancho del mundo. Sin embargo, el análisis de los estudios sociales, en especial de los estudios antropológicos que comparan diversas culturas, tales como los de David Gilmore, (1990); Peggy Reeves Sanday, (1986); e incluso su antecesora, Margaret Mead, (1961); conduce a suscribir esta postura. La masculinidad social no constituye un producto fijado de una vez, de forma inevitable a partir del dimorfismo sexual humano, y esto se comprueba por el hecho de que existen algunas etnias donde se ha construido de un modo que no enfatiza el dominio. Al mismo tiempo, la mayor parte de las culturas estudiadas, se caracteriza por lo que Maurice Godelier, (1986) y Pierre Bourdieu, (1998) han coincidido en denominar como la dominación social masculina. Desde otra tradición teórica, los estudios de mujeres, inspirados en las teorías feministas, han caracterizado a las sociedades humanas por la subordinación del género femenino, a partir de la década del '70 (Rosaldo & Lamphère, 1974).

Según expone Gilmore (ob.cit.), la masculinidad social constituye una respuesta ante la adversidad. Los grupos humanos asignan a sus varones las tareas de la defensa del grupo y los ideales predominantes, al menos en las sociedades tradicionales son resumidos por el autor bajo el rubro de *Protección, Provisión y Fecundación*. Existen severas sanciones morales de carácter colectivo para aquellos hombres que no logran alcanzar el nivel de desempeño requerido por el contexto social para ser considerados como masculinos. Gilmore detalla las diversas denominaciones denigratorias con que diversas etnias se refieren a sus varones fallidos o fracasados, cuyas versiones traducidas sería algo semejante a: “el hombre basura, el hombre del patio de atrás donde se arroja la basura, el infeliz, el mariquita”, etcétera. Como una de nosotras expresó en el libro *Varones* (Meler, 2000), los hombres se enfrentan a dos peligros contrapuestos. Pueden ser odiados si exageran sus características dominantes y se tornan violentos al interior de sus familias, o ser despreciados si no pueden desplegar la asertividad necesaria como para prevalecer en la dura lucha por la existencia. Si bien las mujeres contemporáneas se ven expuestas a exigencias semejantes en el aspecto de la auto conservación y aún mayores en cuanto a la hetero conservación, o

sea la preservación de los niños, las sanciones que afectan su autoestima si no logran enfrentar las exigencias de la existencia social, son mucho menos severas.

Es debido a esta tradición trans histórica, que el estudio de los varones que han visto vulnerabilizada su situación laboral reviste un interés especial. La Modernidad tardía ha sido caracterizada como “líquida” (Bauman, 2000), debido a la precariedad y fluidez de los arreglos cotidianos que antes garantizaban la vida personal y familiar, tanto en lo que se refiere al amor (Bauman, 2005), como al trabajo. La fragilidad y la constante movilidad son circunstancias relativamente recientes, pero se contraponen a una tradición muy arraigada, que prescribe en especial, a partir de la Modernidad temprana, que los varones sean los principales proveedores de lo necesario para la subsistencia. En este encuentro conflictivo entre la exigencia tradicional y la fluidez contemporánea, es previsible que surja una nueva modalidad de malestar cultural, y es nuestro propósito estudiarla.

B - El contexto histórico-social y político-económico a partir de la Modernidad en Occidente. Su impacto en relación a la construcción de los ideales femeninos y masculinos.

Hacia el siglo XVIII, la Revolución Industrial trajo consigo enormes cambios en el mundo occidental, a partir de los procesos crecientes de industrialización y de urbanización, y de una nueva ética que comenzó a regir los valores humanos: ya no serán hegemónicos los principios religiosos, sino los del trabajo productivo. Según Foucault (1983) “*La razón se erige en la medida de todas las cosas*”. Las figuras religiosas de autoridad van siendo sustituidas por autoridades seculares (la figura del soberano absoluto) que guían a los ciudadanos. La antigua casa medieval que era unidad de producción y de consumo, va cambiando hasta transformarse en la familia nuclear. En el período preindustrial, al interior de la unidad doméstica de la familia agrícola, o de la familia textil, la autoridad de la casa era el padre, cuyo dominio se extendía al resto de los familiares consanguíneos que llevaban su nombre, así como a los aprendices y los sirvientes que ayudaban al sostén familiar. La familia tendía a la acumulación de bienes transmisibles a través de la herencia, y se formaba a partir del consenso previo entre las familias de origen de los contrayentes. Las mujeres, si bien dependían económicamente del padre-patrón, participaban en la producción de bienes y en la reproducción. Su trabajo doméstico era muy valorado, pues formaba parte, claramente, de la actividad productiva de la familia como un todo. Se trataba de una familia basada en la propiedad productiva, que otorgaba condición de sujeto a cada uno de los miembros que la componían.

En los comienzos de la Revolución Industrial la producción extra doméstica se fue expandiendo, y sólo esa actividad fue reconocida como verdadero trabajo. La constitución de familias nucleares y el cambio en las condiciones de trabajo trajeron efectos de largo alcance en la subjetivación de hombres y mujeres. La familia se tornó una institución básicamente relacional y personal, la esfera personal e íntima de la sociedad (Shorter, E., 1977). Esta familia nuclear fue estrechando los límites de la intimidad personal y ampliando la especificidad de sus funciones emocionales. Junto con el estrechamiento del escenario doméstico, también el entorno de las mujeres se redujo y perdió perspectivas: las tareas domésticas, el consumo, la crianza de los niños, lo privado e íntimo de los vínculos afectivos, se convirtieron en su ámbito naturalizado.

Una de nosotras ha analizado (Burin, M. 1987) algunos rasgos de la construcción de la subjetividad femenina centrada en el trabajo reproductivo: la finalidad principal de este trabajo pasó a ser la producción de sujetos, con la convicción social de que, en tanto los producían, las mujeres se auto confirmaban como sujetos, porque con la maternidad creaban las bases de su posición como sujetos sociales y psíquicos. El trabajo maternal remite a analizar *la lógica de la producción de sujetos como diferente de la de la producción de objetos*.

La lógica de la producción de sujetos, se rige por las leyes del intercambio afectivo estrecho, por la relación bipersonal íntima, exclusiva. La deuda contraída es en términos de deuda de gratitud: ésta supone que la constitución de un ser humano como sujeto psíquico entraña una deuda que sólo se puede saldar creando a la vez otro sujeto psíquico. Es una deuda personal, única e intransferible, y se mide sólo a través de la prestación de servicios afectivos. Se rige predominantemente por la lógica de los afectos, especialmente del amor.

La lógica de la producción de objetos, por su parte, se rige principalmente por el intercambio de dinero o de bienes objetivos, y la deuda que se contrae es una deuda que se salda con la devolución de bienes materiales o de objetos, fácilmente mensurables. Se rige, de modo predominante, por las leyes de la lógica racional.

Con la configuración de las familias nucleares y de la división sexual del trabajo, la valoración social del trabajo es muy distinta si se trata de la producción de objetos o de sujetos: aquel producirá bienes materiales; éste producirá bienes subjetivos que quedarán naturalizados y se tomarán invisibles.

A partir de este período histórico-social, en tanto el ideal constitutivo de la subjetividad femenina se afirmará en la producción de sujetos, el ideal que configura la subjetividad masculina estará basado en la producción de bienes materiales. La polarización genérica que deviene de esta condición socio-histórica y político-económica dará

como resultado que las mujeres se ocuparán del trabajo reproductivo, y los varones del trabajo productivo. El Ideal Maternal será el eje fundador de la feminidad, en tanto la masculinidad se fundará sobre el Ideal de Hombre de Trabajo, o de ser proveedor económico de la familia.

C- La significación subjetiva del trabajo en la construcción de la masculinidad

E. Badinter (1993), en su estudio sobre la identidad masculina, sugiere que se trata de una identidad que actualmente está en crisis, y que la masculinidad ya habría padecido situaciones críticas en dos momentos históricos anteriores: en los siglos XVII y XVIII, y hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. También entonces, como en la actualidad, el cuestionamiento de la masculinidad se produce a raíz de cambios sociales, en países avanzados cultural y económicamente, donde las mujeres tienen mejores oportunidades sociales.

Todos los hombres, tanto en lo más alto como en lo más bajo de la escala social, encuentran que los cambios en la condición femenina amenazan su virilidad y las relaciones de poder entre los géneros. Por ejemplo, esto sucedió a comienzos del Siglo XX con el trabajo industrial (el "taylorismo" y el "fordismo", con sus rasgos de organización laboral rutinaria y repetitiva), y el trabajo burocrático en las oficinas: se trataba de modos de trabajo que, a diferencia de períodos históricos anteriores, ya no otorgaban a los hombres los rasgos viriles de la fuerza, la imaginación o la iniciativa. La primera guerra mundial vino a paliar esta crisis, ofreciendo a los varones la oportunidad de afirmar su virilidad en su condición de guerreros. Estos rasgos se reafirman luego de esa guerra, en Estados Unidos, por la recuperación de la figura del cowboy, o bien por nuevos dispositivos para la configuración de la masculinidad, tales como los valores del "éxito económico". En los países europeos, la masculinidad se afirma en las ideologías fascistas e hitleristas, que consolidan el poder viril y guerrero masculino, y la ubicación social de las mujeres en torno a la maternidad. Otro recurso de virilización para los hombres, denunciado críticamente en la actualidad y deslegitimado en el orden social y subjetivo, es el recurso a la violencia al interior de las familias. Este consiste en la implementación del cuerpo como coraza muscular que es utilizada como arma para atacar cuando la percepción de sí mismos es de debilidad o fragilidad. El debilitamiento de la condición masculina –relacionado con la precarización de las condiciones laborales, y sus efectos económicos-, es compensado con otro tipo de fortaleza: la fuerza física utilizada como instrumento de ataque-defensa.

En las últimas décadas, los estudios feministas (Rosaldo, M. & Lamphère. L., 1974, Rubin, G., 1975; Millett, K., 1995; Mitchell, J., 1982) han contribuido de modo inaugural al análisis de la construcción de la masculinidad, revelando cómo la cultura patriarcal ha posicionado a los hombres en lugares sociales privilegiados, en medio de una lógica de la diferencia sexual que jerarquizaba a los hombres como más fuertes, más inteligentes, más valientes, más responsables socialmente, más creativos en la cultura y más racionales. A estos análisis también se han incorporado, posteriormente, estudiosos provenientes de otras tradiciones académicas. Por ejemplo para Pierre Bourdieu (1990) "*ser hombre es, de entrada, hallarse en una posición que implica poder*". Esta lógica de la diferencia sexual ha entrado en crisis en estos últimos decenios, en particular los principios en los que se basa: esencialismo, naturalismo, biologismo, individualismo, a-historicidad. Mediante tales principios la diferencia se percibe según criterios atributivos dicotómicos: mas/menos, mejor/peor, mucho/poco, con su correlato implícito, que consiste en el establecimiento de jerarquías en las diferencias entre los géneros.* Cuando se opera con estos principios como fundamentos de esta lógica jerárquica, se destacan y privilegian las asimetrías como modos de reconocimiento de la femineidad o la masculinidad.

Hemos postulado que la diferencia sexual supone no sólo una lógica atributiva, sino también una lógica distributiva. De acuerdo a estos criterios, quienes ostentan los atributos jerárquicos superiores pueden obtener posiciones de poder y autoridad en aquella área donde se destacan, mientras que quienes están en posiciones jerárquicas inferiores ocuparán lugares sociales y subjetivos subordinados. Como mencionamos anteriormente, en tanto los varones detentan el poder racional y económico, para ser

* Los principios **Esencialistas** son las respuestas a la pregunta "¿quién soy?" y "¿qué soy?", suponiendo que existiera algo sustancial e inmutable que respondiera a tales inquietudes. Esta pregunta podría formularse mejor para lograr respuestas más enriquecedoras, por ejemplo "¿quién voy siendo?", con un sentido constructivista. Los criterios **biologistas** responden a estos interrogantes basándose en el cuerpo, y así asocian fundamentalmente al sujeto varón a la capacidad sexuada. Este criterio biologista supone que ser varón es tener cuerpo masculino, del cual se derivarían supuestos instintos tales como la agresividad y el impulso a la lucha entendidos como efecto de sus masas musculares, o de hormonas como la testosterona. Los principios **ahistóricos** niegan que a lo largo de la historia los géneros hayan padecido notables cambios, en su posición social, política, económica, e implicado profundas transformaciones en su subjetividad; por el contrario, suponen la existencia de un rasgo eterno prototípico, inmutable a través del tiempo. Los criterios **individualistas** aíslan a los sujetos del contexto social, y suponen que cada uno, por separado y según su propia historia individual, puede responder acerca de la construcción de su subjetividad.

desarrollado en el ámbito público, las mujeres cuentan con el poder de los afectos, en el ámbito privado. Sin embargo, las leyes que rigen las relaciones de poder y de autoridad se confeccionan en el ámbito público, en tanto que las leyes que rigen el ámbito privado, en la intimidad de la vida familiar y de pareja, tienen una eficacia relativa a los principios que operan en el ámbito público, aún cuando una ilusión de simetría entre los géneros ha insistido en enfatizar el poder emocional de las mujeres como fuente para “reinar” en aquellos aspectos relacionados con la vida íntima.

D.- La Revolución tecnológica e informática. El impacto de la globalización.

A partir de la década del 70 y más acentuadamente en la década del 80, se ha producido una nueva condición revolucionaria en occidente, la así llamada Revolución Tecnológica e Informática, cuyos efectos también han producido nuevas transformaciones en las mentalidades y en las posiciones subjetivas y genéricas de varones y mujeres. En tanto aquellas revoluciones mencionadas en primer término dieron lugar al comienzo del período de la Modernidad en los países occidentales, esta última revolución ha dado como resultado los comienzos de la Postmodernidad. Como efecto de tales cambios en las configuraciones histórico - sociales y político - económicas, comienzan a generarse estudios académicos y otros de repercusión popular sobre la masculinidad, con intentos de denunciar y destituir los modelos tradicionales instituidos. A partir de los años 80 y más aún en los 90, la condición masculina ya pasa a ser una problemática a enfrentar, en medio de un período de incertidumbres cargado de angustias, entre las cuales destacaremos la puesta en crisis de un eje que había sido constitutivo de la subjetividad masculina a partir de la Modernidad: el ejercicio del rol de género como proveedor económico dentro del contexto de la familia nuclear, y la configuración de una identidad de género masculina en el despliegue eficaz de ese rol. La nueva incertidumbre de la Postmodernidad trajo como efecto concomitante la pérdida de un área significativa de poder del género masculino, el poder económico, así como nuevas configuraciones en las relaciones de poder entre los géneros. La puesta en crisis del rol de género masculino como proveedor económico se ha producido, por una parte, por el nivel crítico alcanzado con los modos de empleo y trabajo tradicionales, y por otra, por las profundas transformaciones en la clásica familia nuclear.

Al realizar el análisis del impacto de la globalización sobre la construcción de las subjetividades, hemos descrito (Burin, 2007) cómo los requerimientos impuestos por los fenómenos de la globalización afectan las subjetividades, fragilizándolas y resquebrajando sus antiguas bases identitarias. También fragilizan los vínculos,

proponiendo desafíos inéditos a las relaciones entre los géneros en las parejas, cuando lo que se pone en juego es la deslocalización de los sitios de trabajo. Las características clásicas de este fenómeno hasta ahora habían afectado principalmente a los lugares de trabajo típicamente masculinos. Pero con la progresiva incorporación de las mujeres a nuevas modalidades laborales, especialmente aquellas que implican cargos jerárquicos elevados, la deslocalización comienza a incidir también en los lugares de trabajo femeninos afectando los modos de vivir en pareja y en familia. En la actualidad ya no siempre se sostienen las respuestas femeninas, que anteriormente eran de renunciamiento y sacrificio de su carrera laboral ante opciones como éstas. Sin embargo, en muchos casos aún se observa esta tendencia tradicional, sobre todo cuando la carrera laboral de la esposa ha tenido un desarrollo menor en comparación con la del marido, quien se desempeña como proveedor principal del hogar. En esas situaciones, algunos varones empleados en empresas multinacionales son relocalizados y las familias enfrentan la alternativa de seguirlos o separarse (Meler, 2007). El desarrollo de carrera de las mujeres, queda así postergado de modo indefinido, y la brecha que existe entre los esposos respecto de las oportunidades para el crecimiento laboral se amplía. En otros casos, debido en parte a las necesidades económicas, y en parte al avance de la conciencia acerca de las nuevas identidades laborales femeninas, la resolución se torna más problemática y da lugar a conflictivas vinculares de importancia.

Cuando las mujeres deben enfrentar ya no sólo el “techo de cristal” en sus carreras laborales (Burin, M., 1996), sino su reciclaje bajo la forma de “fronteras de cristal” (Burin, M.; 2007) para su desplazamiento geográfico, surge un clima enrarecido de angustia y perplejidad que afecta los vínculos conyugales y familiares. Se pone en crisis la identidad laboral y familiar no sólo de las mujeres afectadas por la deslocalización de sus puestos de trabajo, sino también de los varones cuando éstos están en condiciones de endeblez laboral.

La globalización y la deslocalización tienen clase y tienen género. Hasta ahora se ha analizado el fenómeno de la globalización sobre los sectores sociales más pauperizados, agudizando las inequidades económicas preexistentes, pero actualmente también observamos que tales injusticias avanzan sobre todo el cuerpo social, afectando incluso a parejas de sectores medios urbanos. Inequidades económicas e inequidades de género se entrelazan, potenciando una a la otra. De esta manera se exacerbaban o trastornan los anteriores dispositivos en las relaciones de poder en la pareja, en sus vínculos de intimidad, y en sus modos de trabajar y vivir en familia (Burin, M., 2004).

En relación con las nuevas condiciones de trabajo para los varones, un grupo de autores argentinos reunidos en un texto compilado por Luis Beccaria y Néstor López (1996), analiza desde perspectivas multidisciplinarias las implicaciones que tiene el desempleo sobre el sujeto trabajador. Señalan que el desempleo es uno de los problemas más importantes con los que se enfrenta la Argentina actualmente, y que la preocupación por la falta de trabajo afecta a sectores gubernamentales, académicos, y a la sociedad en su conjunto. No sólo son preocupantes los altos niveles de desocupación alcanzados en estos últimos años, sino que también lo es el deterioro de la situación de quienes tienen trabajo y las dificultades que se enfrentan para crear nuevos puestos laborales. La crisis del mercado de trabajo produce un alto impacto en la calidad de vida de las personas, se señala, añadiendo que el desempleo representa un claro obstáculo a todo proyecto de desarrollo social. Afirman que el desempleo, el subempleo y la precariedad de las ocupaciones llevan, especialmente cuando estos fenómenos son soportados por aquellas personas que más contribuyen al sustento de sus familias, a que los ingresos de los hogares muestren una elevada variabilidad, haciéndolos poco predecibles. Si bien este fenómeno se verifica en todos los estratos sociales, la inestabilidad y la elevada incertidumbre sobre el flujo de ingresos impactan significativamente en la calidad de vida de los hogares que cuentan con una escasa dotación de capital o son pasibles de endeudamiento, quedando expuestos a una clara situación de “vulnerabilidad”, la cual se expresa en el escaso margen con que quedan estas familias para hacer frente a situaciones imprevistas, tales como enfermedad de algunos de sus miembros, pérdida de trabajo, etc. Resulta difícil, sin embargo, establecer un límite que permita identificar a estas familias “vulnerables” respecto de aquellas donde la variabilidad de los ingresos no llega a debilitar el bienestar de sus miembros en forma manifiesta. De cualquier manera, la vulnerabilidad podría pasar a ser también una característica aún de estas últimas cuando el carácter errático de los ingresos se extiende durante un período prolongado. Por último, merece destacarse el impacto que el desempleo, o el deterioro de la inserción laboral, tiene en aquellos hogares que obtienen de su participación en el mercado de trabajo ingresos por debajo del valor de una canasta básica de bienes y servicios.

E.- Salud Mental y trabajo masculino.

Bajo estas circunstancias, la construcción de la subjetividad en un período tan sensible en el cual existen condiciones tan cambiantes de trabajo merece un interrogante: ¿qué rasgos puede adquirir, por ejemplo, la construcción de una subjetividad – esto

es, el reconocimiento de sí mismo como sujeto -, mediante las preguntas “¿quién soy siendo mujer?” , “quién soy siendo varón?” cuando las respuestas clásicas habían sido: “ser mujer es ser madre”, “ser hombre es ser proveedor económico”?. En la actualidad las referencias identificatorias se ven conmovidas y cuestionadas por la crisis del mercado laboral que ha afectado de modo central el empleo masculino, la participación creciente de las mujeres en los trabajos remunerados y la fragilidad de las organizaciones familiares que muestran una tendencia creciente hacia la disolución y la recomposición.

Pretendemos destacar que, junto con *el costo de oportunidad* que implica la falta de ejercicio laboral de las personas que están capacitadas para ello, existe también un *costo psíquico* que es necesario atender, cuando nos referimos a la salud mental de la población. El malestar provocado por las condiciones de vida y de trabajo antes mencionadas hace que las clásicas respuestas brindadas por los paradigmas tradicionales acerca de la salud mental dejen de tener el sentido que tenían, dado que las nuevas identidades de los y las sujetos sociales requieren nuevas perspectivas.

A diferencia de los clásicos conceptos sobre la salud mental como el estado en el cual las personas tendrían como meta lograr condiciones de armonía y equilibrio, hemos considerado el criterio de salud mental como la capacidad que los sujetos adquieren de enfrentar las situaciones de crisis y de conflicto (Burin, M., et.al, 1990) Hemos puesto en cuestión los tradicionales parámetros adaptacionistas respecto de la salud mental, con las condiciones de vida de los sujetos, y las respuestas que éstos pueden dar, variada y creativamente, a sus experiencias. Algunos de los ejes estudiados, desde la perspectiva del género, han sido las condiciones de la sexualidad, de la maternidad/paternidad, y del trabajo, femenino y masculino.

Irene Meler (Meler, I., 2004), en un acápite del estudio realizado por Burin y Meler sobre *Género, Trabajo y Familia*, explica que el desempeño laboral de los varones resulta afectado de forma significativa por el estado de su salud mental. En esa ocasión expuso que, en el caso de los varones, con la excepción de aquellos que disfrutaban de bienes heredados, o de unos pocos que integran relaciones de pareja donde los roles de género tradicionales se han invertido, es posible captar la forma en que su capacitación para el trabajo, el proyecto de carrera o la ausencia del mismo, así como sus logros o fracasos laborales, se relacionan de modo estrecho con la forma en que hayan resuelto su sexualidad. Con este término nos referimos a los aspectos que atañen a la orientación del deseo erótico y a los aspectos auto conservativos y narcisistas, o sea de amor al Yo, así como a sus vínculos identificatorios con el padre o con figuras sustitutivas. Esos desenlaces subjetivos estimulan la constitución de ciertos rasgos de carácter que cuanto más se asemejan al

modelo masculino hegemónico para cada época, más favorables resultan para lograr una inserción social que se considere satisfactoria por parte del sujeto. Para captar la complejidad de la situación es necesario cruzar la variable de género con la que se refiere al sector social. Una estrategia educativa y laboral exitosa no se sustenta hoy día sobre la masculinidad físicamente agresiva y transgresora que cultivan los sectores marginales, sino sobre la base de un modelo que aúna la autonomía, la tolerancia ante la angustia que genera la competencia, la capacidad de innovar, el talento para los vínculos y ciertos “habitus de clase” (Bourdieu, P., 1983) que permiten que el sujeto ascienda en la escala social. Este ha sido el criterio tradicional para la construcción de la masculinidad, y efectivamente, existe una relación significativa entre la masculinidad subjetiva y el éxito laboral.

Los varones que se caracterizan por un estilo masculino dominante, en la mayor parte de los casos se han capacitado para el trabajo realizando estudios de nivel superior. En la actualidad no existe, sin embargo, una asociación estrecha o lineal entre los estudios cursados y la ocupación que se desempeña. En ocasiones se produce una reconversión o un cambio de especialidad, pero incluso este proceso se desarrolla sobre la base de los logros cognitivos y pragmáticos que el sujeto adquirió a través de su formación educativa. Algunos de los sujetos “exitosos”² de ese estudio, han suplido la carencia de instrucción formal mediante el desarrollo de un elevado nivel de iniciativa, la capacidad de aprender de la experiencia y lo que se puede considerar como un cierto talento político, que los habilitó para negociar buenas condiciones de trabajo o promociones laborales.

Es posible formular la hipótesis de que en la actualidad, la socialización primaria de género tiene mayor efectividad para el logro de una ubicación social y laboral satisfactoria que el hecho de haber accedido a la educación superior. En efecto, mientras que las mujeres suelen estar sobre calificadas para sus trabajos (Burin, 2004), ellos en ocasiones alcanzan posiciones superiores a lo que su nivel educativo podría augurar, y este logro se debe a los rasgos de carácter antes descriptos, tales como audacia, perseverancia, tolerancia a los riesgos y una elevada estima de sí.

Los varones que en ese estudio se enmarcaban en los sectores masculinos subordinados, presentaban una trayectoria laboral errática, con escasa planificación. Fue posible establecer un nexo entre el nivel ocupacional y los rasgos de carácter de cada entrevistado. Algunos de estos últimos sujetos, presentaban una autoestima baja, temores e inhibiciones, tendencia a depender de los demás, o una deficiente percepción de la realidad económica y social. En otros casos encontramos

² Entiendo como “exitosos” a los sujetos que han logrado una inserción laboral que les otorga prestigio e ingresos medios o elevados.

personalidades impulsivas, cuya adolescencia fue más transgresora que lo que es usual en ese período de edad. Esa impulsividad les impidió realizar una capacitación sistemática y limitó sus posibilidades laborales para el futuro.

Las consideraciones realizadas acerca del nexo existente entre inserción laboral y subjetividad, no implican un desconocimiento de los efectos que tuvo la crisis laboral contextual. Sin embargo, en cada caso es posible ensayar una diferenciación entre los determinantes vinculados con la construcción histórica de cada sujeto y los efectos accidentales derivados de cuestiones macro sociales. Volveremos sobre este tema más adelante, al estudiar la construcción personal de las masculinidades.

Hemos hallado en el presente estudio, una tendencia alternativa, relacionada con la profundización de la crisis del mercado laboral. En las condiciones inestables propias de la crisis de la Modernidad tardía, algunos varones que pudieron recurrir a sus identificaciones con la madre, o sea a identificaciones que, en algún sentido, cruzan géneros, las han encontrado de utilidad para proveerse de recursos psíquicos más flexibles para hacer frente a situaciones laborales conflictivas.

E-1) El modelo laboral paterno-el modelo laboral materno

El análisis de la construcción de la subjetividad masculina desde una perspectiva tradicional indica que los varones incorporan la así llamada “identidad de género masculina” por medio del mecanismo de identificación con figuras masculinas cercanas, preferentemente el padre. El supuesto es que el modelo paterno incide en la habilitación del sujeto en su pasaje del mundo de la intimidad familiar al mundo público extra doméstico, y al contexto laboral. Existen desarrollos teóricos que aseveran que, para los varones, un vínculo de apego prolongado con la figura materna operaría como factor de riesgo para lograr su masculinidad social y subjetiva, debido a que el niño construiría el núcleo de su identidad sobre el modelo femenino materno. Si bien este fenómeno se produce de modo habitual en los tempranos vínculos materno-filiales, su prolongación más allá del segundo año de vida haría peligrar la identificación del niño con los rasgos considerados típicamente masculinos. Ralph Greenson (Greenson, R., 1968) ha planteado que los niños tendrían que realizar tempranamente un difícil y conflictivo proceso de desidentificación con respecto de la madre, como el requisito que les ofrece nuestra cultura para subjetivarse en tanto varones. Parte del supuesto de Robert Stoller (1968) acerca de la femineidad subjetiva inicial en el niño varón. Esta “femineidad” deriva de la identificación primaria del bebé con su madre, quien, en la mayor parte de los casos, presenta características subjetivas consideradas como femeninas. El nacimiento psíquico sería posterior en el tiempo al nacimiento biológico,

y el niño, en los primeros estadios de su existencia, no se percibiría a sí mismo como un sujeto, sino que tendría una noción nebulosa de una unidad entre su ser y el de su madre. Para construir una subjetividad acorde con lo demandado por la cultura para un varón, sería necesario alejarse de la relación identificatoria con la madre, hacerla objeto de un cierto repudio, y tomar como modelo para la identidad, al padre u otra imagen masculina. Otros desarrollos psicoanalíticos, provenientes de la escuela francesa de psicoanálisis (Lacan, J., 1970), suponen que la identificación del niño con su madre implicaría una amenaza de feminización, o hasta de psicosis en caso que el vínculo de apego persista en el tiempo. La intervención del padre o una figura similar que separe al niño de su madre resultaría imprescindible, según estas consideraciones, para evitar que se produzcan semejantes efectos en el proceso de masculinización. Se trata de hipótesis que, al mismo tiempo, suponen el vínculo con una mujer, la madre, que no desarrolla otros deseos más allá de su adhesividad libidinal a su hijo (ver Burin y Meler, 2000). Según estos criterios, el padre intervendría como figura salvadora de la masculinidad del hijo ante semejante vínculo fusional. Jessica Benjamin (1997) ha planteado que en la actualidad, la construcción de la subjetividad masculina no requiere de modo obligado este proceso de desidentificación. La identificación materna se integraría junto con otros modelos para el ser, de procedencia masculina, y no sería repudiada.

Las teorizaciones totalizantes, homogeneizadoras, respecto de los supuestos de quién es la madre y quién es el padre en los procesos de adquisición de la subjetividad femenina y masculina, deben ser analizadas cuidadosamente en la actualidad. Cuando se opera de este modo, los criterios de análisis de los sujetos suelen estar sesgados por modelos teóricos que obturan la percepción de otros modos de maternización y de paternización. Por otra parte, se parte del supuesto de que la subjetividad materna coincidiría, de modo universal, con las características atribuidas por el imaginario colectivo a las mujeres. Asimismo, se supone que la subjetividad paterna siempre sería “masculina” en un sentido convencional moderno.

En algunos casos de los hombres que han participado en nuestra investigación, hemos observado que, -contrariamente a lo que supondrían las hipótesis clásicas antes mencionadas-, han hallado la habilitación para desempeñarse en sus carreras laborales, en sus vínculos identificatorios con sus madres. Estos hombres son hijos de madres que habían tenido a lo largo de sus vidas oportunidades educativas y laborales, y que se habían desarrollado tanto en la esfera familiar y doméstica, como en la esfera laboral extra doméstica remunerada (una de ellas trabajando como docente, otra como asistente social, otra como profesora de música, otra como cocinera, etcétera). Los padres de estos entrevistados les habían ofrecido modelos de

rol como hombres que sólo se desarrollaban en la esfera extra familiar; algunos de ellos desplegaron una marcada rigidez en cuanto al desempeño de su actividad laboral, mientras que otros habían sido padres inconsistentes y frágiles tanto en sus estilos de inserción laboral como familiar.

Podríamos incluso considerar que, dada la tendencia contemporánea hacia la disolución de la polaridad establecida en la Modernidad entre los géneros, estos varones, en algunos casos, se habrían identificado con los aspectos “masculinos” de sus madres, y desidentificado con respecto de los aspectos “femeninos” de sus padres. Estas contorsiones teóricas nos sugieren que, en la actualidad, tal vez sea más adecuado no asociar las cualidades de eficacia, agencia y autoría con la masculinidad y evitar también relacionar la feminidad con la dependencia y la pasividad.

Estos entrevistados denotaban una firme identificación con el modelo materno de flexibilidad y creatividad en el modo de encarar las situaciones críticas y conflictivas ante la crisis socioeconómica que afectó a Argentina en los años 2001-2002. Sus estilos de masculinización combinaban rasgos masculinos convencionales tales como espíritu de iniciativa, asertividad, motivación para los logros económicos, etc., a la vez que disponían de actitudes consideradas típicamente femeninas tales como la capacidad de empatía, la consideración por las emociones y necesidades de los otros – en particular de los niños y de aquellas personas que estaban en condiciones más vulnerables -. Estos últimos rasgos los habían incorporado subjetivamente por identificación con sus madres, debido a la intimidad y permanencia en el vínculo materno-filial. Como dijimos, al mismo tiempo su sistema de identificaciones se había “desgenerizado” en buena medida.

Merece destacarse que estos entrevistados se refieren a sus madres como personas que mostraban una multiplicidad de disposiciones subjetivas para ser desplegadas tanto en la intimidad familiar como en el ámbito laboral. Algunos de ellos manifestaron que el modelo de mujer ofrecido por sus madres los había inspirado a buscar como esposas a compañeras que tuvieran rasgos de personalidad similares a los de su madre, como garantía de que contarían con el apoyo necesario para enfrentar situaciones difíciles – tal como ocurrió durante la crisis de 2001-2002.

También expresaron que la ampliación de su subjetividad masculina mediante la incorporación de los rasgos maternos les había permitido ser mejores padres de sus hijos, así como plantearon dudas sobre si la incorporación de los rasgos de masculinidad tradicional de sus padres – por ejemplo, hacían referencias respecto de la distancia afectiva y la indiferencia hacia los sucesos de la intimidad familiar – les hubiera aportado valores positivos para el ejercicio de su propia paternidad. Hemos

planteado en el libro *Varones* (ob. cit.), que los nuevos padres que proveen cuidados primarios a sus hijos deberán adueñarse de las identificaciones con la actividad maternal de sus madres, superando para ese fin el temor a la feminización. Las madres son los únicos modelos de los que disponen para el ejercicio de cuidados a los niños, ya que sus padres no desempeñaron esas funciones en la familia. Más aún, en los ejemplos que ofrecieron algunos entrevistados, realizaron algunas reflexiones críticas y doloridas sobre aspectos de la conducta de sus padres ante los hijos, lamentando profundamente en particular, los rasgos de violencia, las actitudes de desamparo afectivo y de incompreensión en la vida familiar. Estos rasgos de los padres fueron denunciados con cierta insistencia por los entrevistados, como altamente perjudiciales para su autoestima y para lo que uno de ellos denominó “desarrollar una hombría de bien”.

Estos sujetos expresaron que en los modos de enfrentar la crisis de 2001-2002, se vieron beneficiados por la identificación con los modos de despliegue de sus madres en la vida familiar: percibieron que si la crisis socioeconómica los llevaba a condiciones laborales insatisfactorias, tales condiciones eran compensadas con las relaciones afectivas y los lazos de intimidad en el escenario familiar. Encontraban en sus esposas e hijos el sostén y estímulo para diseñar nuevas estrategias ante la crisis, de modo de que la precariedad laboral padecida se mitigaba con la actitud de cuidados y de consideración afectiva que encontraban en la vida familiar, expresado por uno de ellos como “en esos momentos me di cuenta que a lo largo de mi vida había realizado una buena inversión: en querer y cuidar a mi esposa y mis hijos”.

El relato de la experiencia de estos entrevistados pone de manifiesto que, en tanto los modelos paterno y materno se caractericen por una estricta división sexual del trabajo – ellas en el ámbito doméstico, gestionando la vida emocional familiar, y ellos en el ámbito extra doméstico, centrándose en la condición de proveedores económicos – sus efectos serían perjudiciales para la adquisición de una subjetividad masculina innovadora a la hora de enfrentar condiciones laborales críticas y/o cambiantes. Por el contrario, contar con una flexibilización de los modelos parentales respecto de la feminidad y la masculinidad, aporta recursos que amplían y enriquecen la subjetividad masculina, otorgándole una diversidad de experiencias que procuran transmitir a las generaciones siguientes. En el estudio “Género, trabajo y familia” (Burin y Meler, 2004), hemos descrito un estilo postmoderno de masculinidad que coincide con esta caracterización, al integrar aspectos considerados anteriormente como femeninos, en la construcción de la subjetividad masculina.

Las identificaciones “desgenerizadas”, permiten a los varones, por ejemplo, incorporar la capacidad tradicional de las mujeres para realizar diversas tareas de modo

simultáneo, al panorama contemporáneo que en ocasiones combina el sub empleo con el multi empleo. También les resulta de ayuda para moderar el imperativo del éxito, característico del modelo moderno de masculinización y compensar la disminución de los logros accesibles con una mejoría de la calidad de vida, al habilitar un espacio para los vínculos de intimidad.

La terminología clásica sobre la feminidad y la masculinidad está resultando obsoleta en la actualidad, para describir las múltiples modalidades de construcción del género y en especial, en este estudio, de construcción de la subjetividad masculina asociada con la carrera laboral y con la vida familiar.

E-2) Padecimientos subjetivos

Los problemas emocionales se relacionan en muchos de los casos estudiados con conflictos que los hombres presentan en su sexualidad y su identidad masculina. Esta situación no es simétrica a lo que se observa con las mujeres. Si bien los trastornos emocionales también interfieren con el desarrollo laboral femenino, su fracaso laboral o económico lesiona la imagen de adultez de las mujeres, pero no afecta su sentimiento íntimo de feminidad, pues esa condición que hace a su identidad está asociada tradicionalmente con la dependencia económica con respecto de un hombre. Pero en el caso de los varones los logros laborales constituyen tradicionalmente un emblema identificador central para la masculinidad. Por lo tanto, las claudicaciones en el trabajo pueden, en algunos casos, implicar conflictos inconscientes relacionados con la sexualidad y la identidad masculina. Sus fracasos laborales afectan de modo más grave su autoestima, pues pone en dudas su representación como miembros del género dominante en las relaciones de poder entre los géneros.

Adicciones

Un fenómeno observado con insistencia en los últimos años en Buenos Aires y el conurbano, denunciado por la Academia Argentina de Medicina del Trabajo y la Sociedad Argentina de Medicina del Trabajo (Diario Clarin, 2003) es que el 14 % de los trabajadores empleados consume drogas, principalmente cocaína y marihuana. Esto incluye a trabajadores tan diversos como obreros de la construcción, cajeros de bancos, gerentes de multinacionales, médicos, vendedores o empleados de oficinas. Las causas del aumento del consumo de drogas ilegales entre hombres con tan variada inserción laboral tienen que ver con el *stress* que los trabajadores viven a diario, al mayor nivel de competitividad que se plantean en las empresas y a las malas condiciones laborales que enfrentan los asalariados. El estudio, realizado sobre 5.000 trabajadores, revela que 700 de ellos, o sea el 14%, consume drogas ilegales. El Informe señala que no hay profesión u ocupación que escape a la droga, ni diferencia

entre ámbitos públicos o privados: su consumo está generalizado. Lo que lleva a los trabajadores a consumir drogas es un conjunto complejo de factores: hay más pobreza y marginalidad, las condiciones de trabajo empeoraron, así como la continuidad y la seguridad laboral. Además las remuneraciones bajaron y la competitividad es mucho mayor. Según este Informe, estas condiciones provocan stress, taquicardias, hipertensión, que se busca aliviar con el consumo de drogas. Pero el consumo de estas drogas, lejos de aliviar el cuadro, lleva a producir en forma creciente un deterioro físico y psíquico, con rasgos de desorganización del Yo que los lleva a pérdida de la memoria, emociones desbordantes o incontrolables de agresividad o de tristeza, aislamiento social y familiar.

Estos datos relativizan la idea de que el consumo de drogas está más vinculado a la marginalidad y el desempleo y de manera acotada a los excluidos del mundo laboral. A veces esta problemática se combina con la *adicción al trabajo* (“*workaholic*”), como trastorno en la subjetividad masculina (Burin, M., 2000). Esta adicción muestra un panorama que puede confundir a quienes la observan inadvertidamente, y consideren que esta actitud está hecha de valores tales como el anhelo de ocupar posiciones de poder, de control, de éxito y prestigio, combinadas con rasgos de personalidad ambiciosos y autoexigentes. Estos parecerían ser valores que están en consonancia con los ideales de un amplio grupo de personas, especialmente aquellos caracterizados como “los que llegan”. Para los sujetos inmersos en ese universo de valores, otros rasgos tales como la libertad, la espontaneidad, la humildad, la preocupación por el bienestar del prójimo, son ajenos a sus modos de vivir y de trabajar. Estas personas denotan algunos síntomas tales como la preocupación constante por el propio rendimiento -que tiene que ser siempre al máximo-, el esfuerzo por tratar de dedicar cada vez más tiempo a la jornada laboral -restándolo a la vida familiar o a otros afectos-, acompañado de una sensación subjetiva de urgencia, de perentoriedad en lo que hacen. Entre las explicaciones que justifican su adicción, la más frecuente suele ser la escasez de dinero; otro de los argumentos más frecuentes es el convencimiento de que se está forjando un futuro mejor para sí mismo o para su familia, con argumentaciones que borronean algunos déficit subjetivos más profundos que están en la base de tal adicción -como sucede con todas las adicciones-. A diferencia de otras adicciones, a menudo ésta logra consenso familiar y social, porque se supone que sus fines ulteriores son generosos y altruistas, ya que se trataría de un sacrificio actual que en algún momento terminará. Por supuesto, no todas las personas que trabajan muchas horas al día son adictas al trabajo: el trabajo es esencial para nuestro bienestar, especialmente si nos gusta y encontramos placer en él. Las dramáticas condiciones laborales que se vivieron en la Argentina, hicieron que

el trabajo fuera un *bien* escaso, disponible sólo para unos pocos. Aún en la actualidad, quienes lo poseen se ven forzados, en muchos casos, a condiciones laborales extremas en cuanto al cumplimiento de horarios y tareas que exceden las condiciones conocidas hasta ahora.

La problemática de la adicción al trabajo tiene una doble inscripción: objetiva y subjetiva a la vez. Las condiciones laborales actuales forman parte de la realidad objetiva a que nos vemos sometidos en épocas de escasez de trabajo, pero también existen realidades subjetivas que a menudo hacen posible y sostienen semejante imposición social.

Esta adicción por lo general se observa en hombres de sectores medios y de medios urbanos, para quienes el apremio económico no es la motivación principal para semejante dedicación al trabajo, sino sólo un justificativo. En la adicción al trabajo hay -como en tantas otras adicciones- un esfuerzo considerable por huir de realidades subjetivas que resultan inaprensibles, desbordantes, o bien que provocan un gran vacío psíquico, y de las cuales quieren alejarse, aturdiéndose, procurando escapar de ellas precipitándose en el universo laboral. Para este grupo de adictos, su trabajo es meramente un medio que les permite realizar tales movimientos de alejamiento, con la ilusión de que así se apartan de sentimientos dolorosos que les provocan temor, culpa o frustración, o bien ira y resentimiento, todos ellos configurando una serie de afectos difíciles de procesar subjetivamente y que les resultan muy arduos afrontar con otros recursos. Precipitarse en la esfera laboral les significaría un procedimiento autocalmante para aquellas complejidades subjetivas.

En este tipo de personalidad los fines de semana pueden ser dramáticos, los horarios de regreso al hogar pueden volverse catastróficos, así como las vacaciones pasan a ser incómodos trámites que se trata de evitar. En estas circunstancias suelen comportarse como personas físicamente presentes pero mentalmente ausentes, que sienten que tienen que hacer esfuerzos notables para conectarse afectiva y socialmente, con su familia y amigos íntimos. El síndrome de abstinencia suele aparecer en estos casos, con sus rasgos característicos de irascibilidad, impaciencia, ansiedad psicomotora, que suelen resolver procurando, por ejemplo, leer compulsivamente, jugar incesantemente algún deporte –tenis, golf, fútbol- o tener una hiperactividad sexual que compense los estados de ansiedad o bien la apatía, estados provocados por el alejamiento de sus trabajos. El verdadero sentido de la adicción al trabajo es la huida de los vínculos de intimidad, y de los sentimientos de vacío que ponen en riesgo la vida familiar.

Un análisis desde la perspectiva del género nos permite comprender que se trata de una adicción predominantemente masculina. Entre las mujeres sería una adicción

difícil de sostener, especialmente para aquellas que tienen niños pequeños u otras personas a su cuidado (ancianos, enfermos, y otros) porque semejante adicción entraría en severo conflicto con el Ideal Maternal, un tipo de ideal particularmente presente en las mujeres categorizadas como de subjetividades femeninas tradicionales. Para aquellas de subjetividades femeninas transicionales o innovadoras, con estilos de inserción laboral tipificados como clásicamente masculinos, esta adicción podría ser observable a partir de las nuevas condiciones de trabajo impuestas por las crisis de empleo actuales.

Trastornos psicosomáticos

Uno de los rasgos que se destacan en la construcción de la identidad masculina tradicional es la representación subjetiva del cuerpo entendido como una máquina que debe estar en perfecto funcionamiento, desatendiendo las señales preventivas de atención. Estas apreciaciones son coincidentes con una investigación realizada por el sociólogo argentino J.J.Llovet (Llovet, 1996) quien describe que en tanto las consultas por salud de las mujeres suelen ser preventivas, las de los varones suelen ser “post-fácticas”, o sea, que se realizan una vez que la patología está avanzada y es a menudo irreversible. En términos de relaciones de poder, la hipótesis explicativa sugiere que los hombres con una identidad de género tradicional suponen que la consulta médica los coloca en posición dependiente y desjerarquizada respecto de alguien en posición superior, y no aceptan esa condición que perciben como subordinada, aunque a menudo recurran a diversos pretextos y explicaciones para evitar la consulta a término.

Contextos tóxicos

En relación con las condiciones de trabajo extremas, hemos recurrido al concepto de *contextos laborales tóxicos*, (Burin, M, 2004) tomado de la hipótesis psicoanalítica freudiana acerca de la toxicidad pulsional, (Freud, S., pulsiones y sus destinos) En este caso se aplica en el sentido que la toxicidad se produce como consecuencia de la dificultad para procesar psíquicamente algunos movimientos emocionales que resultan desbordantes, debido a desarrollos afectivos que sobrepasan la capacidad del Yo para elaborarlos. En el caso de los contextos laborales tóxicos, se aplica este concepto a situaciones laborales donde circulan los así llamados “afectos difíciles” de elaborar. Los más típicos que hemos hallado son el miedo –trabajar con miedo, especialmente a ser despedido-, el dolor -como consecuencia de circunstancias inequitativas que provocan en los sujetos que los padecen sentimientos de humillación, así como la ira debido al sentimiento de injusticia. Estos son contextos laborales que promueven magnitudes emocionales difíciles de procesar psíquicamente, que pueden tener como consecuencia conductas violentas, a la

manera de estallidos, especialmente entre los varones. En otros casos estos “afectos difíciles” provocan en estos sujetos manifestaciones psicosomáticas, tales como trastornos gástricos, respiratorios, cuadros dermatológicos, o bien contracturas musculares que constituyen verdaderas corazas tónicas musculares. En estas últimas, se refuerza la tonicidad muscular para poder soportar los contextos laborales tóxicos. Estas serían algunas observaciones acerca del “costo psíquico” mencionado anteriormente debido a la “adaptación” a los requerimientos del “costo de oportunidad”.

La pasividad erotizada

Cuando los varones enfrentan sentimientos de impotencia ante un contexto adverso, que, como ocurrió entre los años 2001 y 2002, acotó severamente las posibilidades de trabajar para muchas personas, es posible que eroticen de modo defensivo las situaciones de pasividad. Esto fue descrito por una de nosotras (Meler, 2007), como un expediente defensivo que también fue observado en etnias subordinadas, tales como la población afro norteamericana. En estudios realizados en los años '70, se observó que, mientras las subjetividades femeninas que predominaban entre las mujeres negras eran calificadas como “matriarcales” debido al rol central que ellas desempeñaban en sus hogares, muchos varones se habían constituido como sujetos adolescentes, frívolos y poco trabajadores. Esa situación derivaba de las escasas oportunidades que existían en ese período para que los varones de esa etnia se insertaran en el mercado de trabajo. Haciendo “de necesidad virtud”, esos varones se habían transformado en sujetos que gozaban de su dependencia, mientras que las mujeres, por su doble subordinación, étnica y de género, podían ubicarse en posiciones laborales en el servicio doméstico, pero que, pese a su condición de escaso poder y prestigio en el mercado, les permitían ejercer un liderazgo al interior de sus hogares. De este modo se ve el carácter variable de las masculinidades y de las feminidades y el modo en que la fragilidad de la oferta laboral puede invertir los roles tradicionales para los géneros.

F.- Identidad de género e identidad laboral

El concepto de identidad laboral está en debate en la actualidad, debido a la retracción de la oferta de empleo, relacionado con el fenómeno de la revolución tecnológica y, de otro modo, con la globalización. Estos procesos sociales han ejercido un efecto sobre la subjetividad de los trabajadores, al haber perdido vigencia muchos de los trabajos tradicionales que otorgaban identidad, favoreciendo el sentimiento de sí, el reconocimiento social, posiciones de prestigio y acceso a recursos económicos, de modo que también ha quedado sin efecto su función constituyente de la identidad laboral de quienes los desempeñaban.

Esto forma parte de la construcción de subjetividades femeninas y masculinas diferenciadas en cuanto a los rasgos identitarios que se adquieren a través de la inserción laboral. En tanto las mujeres afirman rasgos identitarios sobre la base de la expresividad emocional, ellos adquieren identidades masculinizadas afianzadas sobre los aspectos instrumentales de su inserción laboral. Las identidades laborales femeninas y masculinas así logradas se caracterizan porque las mujeres desarrollan estilos comunicacionales y rasgos de personalidad que procuran dar respuestas gratificantes y complacientes, para recibir a su vez respuestas también gratificantes por parte de los otros. Por su parte, los varones desarrollan estilos comunicacionales y rasgos de personalidad que se sostienen sobre conductas orientadas hacia metas que trascienden la situación inmediata y el estado del vínculo. Quienes desempeñan estas conductas no están básicamente orientados hacia las respuestas emocionales inmediatas de los otros hacia sí. Más que solicitar respuestas positivas, desarrollan capacidad para tolerar la hostilidad u oposición que sus conductas asertivas provoquen en los otros. Cuando hemos hallado mujeres con habilidad en los rasgos instrumentales, también se preocupaban por cultivar los rasgos expresivos emocionales. La situación inversa no siempre se encontraba entre los hombres: si desarrollaban habilidades instrumentales en su carrera laboral, dejaban de lado los rasgos emotivos. Esta polarización genérica respecto de las modalidades específicas de inserción laboral femeninas y masculinas ha entrado en crisis en los nuevos contextos laborales. Las investigaciones más recientes (Carrasco, C., 1999; Benería, L., 1999; Heller, L., 2004) indican que las mujeres se han “adaptado” a las condiciones de trabajo diseñadas dentro de un universo típicamente masculino – en cuanto a los horarios de trabajo, los estilos comunicacionales, etc. – con el consiguiente costo psíquico, como el padecimiento del “techo de cristal” en sus carreras laborales. En el caso de los varones, es necesario considerar otros dispositivos que, desde su composición subjetiva, hemos hallado como recursos disponibles ante las situaciones de crisis laboral. Describiremos a continuación este fenómeno, y las modalidades de algunos hombres de nuestro estudio ante la crisis.

G.- El concepto de crisis. El deseo hostil y el juicio crítico: una alternativa para los estados depresivos

El concepto de crisis tiene una doble acepción: conlleva la idea de una situación de ruptura del equilibrio anterior, acompañada por la sensación subjetiva de padecimiento. Además, comprende la posibilidad de ubicarse como sujeto activo, crítico, de aquel equilibrio previo. En este sentido es que debemos considerar la *doble*

acepción del concepto en los varones acerca de su masculinidad: como sujeto padeciente y como sujeto crítico.

Lo que se pone en crisis en estos hombres es la concepción que ellos tienen de sí mismos, ligada a las múltiples determinaciones que, hasta ese momento, habían organizado su noción de identidad. Bajo estas circunstancias, la crisis debida a la precariedad laboral puede asumir dos características. Por una parte puede configurarse como una crisis negativa, plena de sufrimientos, donde el sentimiento prevaleciente sería el de pena y dolor por la pérdida. Desde el punto de vista psicopatológico, éste es el modelo que tradicionalmente se ha utilizado para describir esta crisis como depresiva; éste es, también, el sentido del “padecer” que acotamos inicialmente. Otra alternativa posible es la de usar este estado de reorganización psíquica para plantearse sus propias contradicciones, lo cual llevaría a estos sujetos a una situación de reflexión y de juicio crítico acerca de las facilitaciones u obstaculizaciones que encuentra en este período de reubicación; éste es el sentido del término “sujeto crítico” que mencionamos anteriormente.

Hay dos preguntas que son claves para la redefinición de su identidad, que muchos hombres se formulan en esta situación: una es ¿Y ahora qué? Y la otra es ¿Y esto es todo? Ambas preguntas están íntimamente relacionadas con un desarrollo de afectos iniciado en la temprana infancia, caracterizado como sentimiento de injusticia. Tal sentimiento de injusticia resurge bajo la forma de lo que los hombres sienten, respecto tanto a lo que ellos han hecho consigo mismos a lo largo de su historia, como en relación a lo que les han hecho, a través de representaciones que su contexto sociocultural y familiar les ha ofrecido a su condición de varón. El sentimiento de injusticia se configura como motor de la crisis en este período de la vida, del mismo modo que, en su temprana infancia y luego en la crisis de la adolescencia, lo fueron los sentimientos de rebeldía u oposición que se configuraron como puntos de partida para la gestación del pensamiento crítico, y que son los que se resignifican en la crisis de la adultez ante la precariedad laboral. Queremos destacar aquí la diferencia entre sentimiento de injusticia, que sirve como iniciador de un juicio crítico y valorativo tendiente a transformaciones, y el resentimiento, que orienta más bien hacia una actitud vindicativa cuyo efecto será cambiar todo para que nada cambie.

Analizaremos ahora cómo funciona el aparato psíquico ante esta situación de cambio. Una ley de funcionamiento del aparato psíquico es que ante tal situación de cambio el aparato psíquico tiene una exigencia de trabajo, en el cual sus mecanismos

de defensa anteriores, sus sistemas generales de relaciones, de identificaciones, etc., entran en crisis. La pregunta clave, entonces, es qué hacer. Ante esta circunstancia, hay determinadas resoluciones que a su vez preanuncian crisis patológicas: por ejemplo, la dirección hacia el pasado hace pensar que el aparato psíquico va a entrar en otro tipo de crisis (como en el cuadro clínico llamado depresión), en tanto hay otro tipo de resoluciones, mediante el ejercicio del juicio crítico, de la reflexión valorativa, que implican otras posibilidades. Aquí lo que consideramos positivo o negativo son los tipos de resolución, y positivo o negativo no sólo como la valoración dentro de cada contexto cultural o familiar, sino también desde el punto de vista de la integración psíquica, de la salud mental.

En la crisis debida a las nuevas condiciones laborales es de fundamental importancia el surgimiento del *juicio crítico* (Burin, 1987), ligado al sentimiento de injusticia. El juicio crítico es una forma de estructurar el pensamiento.

En la adultez, su ejercicio está relacionado con la eficacia con que haya funcionado anteriormente, en la adolescencia, bajo la forma de juicios de atribución y de desatribución, en relación a los objetos primarios de identificación, constitutivos de su identidad. Aclaremos a qué nos referimos con tales juicios.

Los juicios atributivos suponen cualidades positivo- negativo, bueno-malo, a los objetos o personas. El juicio atributivo que asigna valor positivo a la identidad varón = proveedor económico, es el que da lugar al sentimiento de injusticia en la crisis de precarización del empleo que estamos analizando. Cuando un hombre entra en esta clase de crisis y opera con juicios críticos, lo que hace es poner en juego los juicios de desatribución, o sea, despojando de la calificación anterior a su condición de varón = proveedor económico. El juicio de desatribución se realiza sobre la base del deseo hostil, que favorece la diferenciación, el recortamiento subjetivo.

En el intento de otorgar nuevos sentidos al deseo hostil y al juicio crítico los varones que transitan por esta crisis en la crisis de la adultez se encuentran con un nuevo problema: ¿hacia qué otras representaciones podría dirigirse, cuando se desprende de aquellas originarias? ¿Cuáles son los destinos posibles del deseo hostil estos hombres en nuestras representaciones culturales? Por ahora creemos que llegado este punto de análisis, las vicisitudes del deseo hostil trasciende los límites y posibilidades que ofrece la elaboración individual, ya que las representaciones ligadas al ejercicio del deseo hostil encuentran en la cultura patriarcal, un modelo que en la actualidad está cada vez más legitimado: el ejercicio de la violencia masculina. Surge entonces la pregunta: ¿existen otros modelos masculinos para las transformaciones

de la hostilidad y para la generación y ejercicio del deseo hostil? ¿Dónde hallarlos y cómo elaborarlos?

Se trata de un tipo de juicio que se constituye inicialmente como esfuerzo por dominar un trauma, el trauma de la ruptura de un juicio anterior, que es el juicio identificatorio. El juicio identificatorio opera con las reglas impuestas por el narcisismo, donde no hay diferenciación “Yo/ no- yo”, en que “Yo y el otro somos lo mismo”. Este es un tipo de juicio que se organiza en los primeros tiempos de la construcción de la subjetividad, y que se va transformando a lo largo del desarrollo. Algunos de los momentos más significativos de transformación del juicio identificatorio en juicio crítico ocurren en el segundo año de vida, mediante el soporte del desarrollo psicomotor y del lenguaje, que favorecen el alejamiento y recortamiento de las figuras primarias de identificación – la madre en primer lugar – con la adquisición de la marcha y el lenguaje. Estos desarrollos vuelven a adquirir significación en un período evolutivo posterior, en la adolescencia, en que se vuelve a producir un reordenamiento enjuiciador, expresados a través de movimientos subjetivos de rebeldía y oposicionismo, como modos de manifestación precursores del juicio crítico diferenciador de la adultez. Aunque nos estamos refiriendo a crisis vitales evolutivas, en que se pone en marcha el juicio crítico, consideramos que éste sería un recurso apropiado para favorecer transformaciones subjetivas en otras situaciones de crisis, como por ejemplo, cuando lo que se pone en crisis es la condición de una identidad de género masculina construida sobre la base de la identificación de la masculinidad con la de ser proveedor económico. El juicio identificatorio que formula “ser hombre es tener poder económico” se resquebrajaría, entrando en crisis y dando lugar al juicio crítico, que promovería un distanciamiento de ese juicio anterior. Uno de los problemas que se presenta a los hombres subjetivados sobre la base de aquel juicio identificatorio es hacia dónde dirigirse si abandona sus identificaciones originarias, ya que existe un trastorno cultural actual en cuanto a las representaciones sociales acerca de la masculinidad que no ofrece muchas alternativas para el despliegue de otras posiciones subjetivas masculinizantes, más allá del poder económico. La ampliación de las representaciones subjetivas de los sujetos de nuestro estudio, incluyendo una posición activa alrededor de la paternidad y del universo emocional familiar, ha suministrado recursos narcisísticos que, si bien no resultan suficientes, contribuyen a mejorar las condiciones de vida de estos hombres. Otros recursos tales como la agrupación entre hombres que transitan por esta situación crítica, mediante grupos de reflexión, talleres de autoayuda, grupos terapéuticos, etc., ofrecerían la oportunidad de elaborar sus conflictos dentro de contextos favorables al diálogo, la

escucha, la historización de los conflictos, la contextualización familiar y social , etc., de modo de crear otras representaciones sociales y subjetivas consensuadas, reconocidas, como propias de la masculinidad, de otros modos de ser hombres. Uno de los sujetos de nuestro estudio, T., contó con el recurso de la identificación con un rasgo de su madre: el sentido de responsabilidad materna para trabajar ganando dinero como docente, al mismo tiempo que desplegando desarrollos afectivos que le permitieron gestionar la vida familiar con gran compromiso emocional. Gran parte de estos vínculos identificatorios con la figura materna los realizó en su adolescencia, a partir de la necesidad de elaborar una situación traumática impuesta por lo que él denomina “*irresponsabilidad paterna*”: describe una situación en la cual estuvo a punto de perder sus estudios secundarios debido a que su padre dejó de pagar las cuotas del colegio, de modo que él se vio obligado a salir a trabajar para poder afrontar esos pagos, sosteniendo a la vez su carrera educativa. Esta situación traumática fue significada por T. como una crisis de crecimiento, que lo motivó para desarrollar deseos hostiles hacia su padre y un tipo de juicio crítico que le permitieron desidentificarse de semejante figura paterna desamparante. Recurrió entonces a la figura materna en cuanto a su ubicación laboral y a su compromiso emocional con sus hijos, así como a una tía, hermana de su madre, que le ofreció un empleo de media jornada en su oficina para que T. prosiguiera sus estudios conjuntamente con el trabajo.

Merece destacarse que, si bien aquella crisis de su adolescencia fue resuelta en un sentido positivo, sin embargo una condición traumática bastante similar se repite durante su adultez, acompañando la crisis económica que impactó duramente sobre su empresa en el año 2002. Nuevamente enfrenta la crisis en un sentido positivo, pero esta vez dejando huellas sobre su salud física y mental, bajo la forma de estados depresivos y una activa reflexión sobre su identidad laboral. Al mismo tiempo, realiza una identificación con su hijo menor, adolescente, a quien percibe desamparado en sus necesidades educativas y de salud, ya que no puede ofrecerle una cobertura económica suficiente para cubrir esas necesidades. La representación psíquica de su hijo como un espejo que le refleja alguien que él fue en su adolescencia, se puede observar claramente en el gráfico que realiza cuando se le solicita que dibuje “una persona bajo la lluvia”.

Asimismo, hemos observado entre algunos hombres de nuestro estudio que una fijación a posiciones subjetivas infantiles, de profunda dependencia económica y emocional de otros, sin haber transitado por los procesos de juicio crítico y de deseos hostiles diferenciadores, ha promovido la construcción de subjetividades más vulnerables para encarar la crisis de precariedad laboral cuando son adultos. En estos

sujetos, la conjunción simultánea de fragilidad subjetiva con precariedad laboral, con actitudes de aislamiento social, operan como disparadores para hacer que la crisis laboral devenga en una verdadera catástrofe subjetiva.

IV.- Paternidades, masculinidades.

A.- Consideraciones generales

En este acápite retomaremos la discusión referida a la importancia de la figura paterna en la constitución de la subjetividad sexuada de los hijos y las hijas, a partir de los estudios realizados desde la perspectiva del género entrecruzados con las hipótesis psicoanalíticas acerca de la paternidad. Algunas teorías psicoanalíticas clásicas -en la escuela inglesa (Bion, 1963; Winnicott, D., 1972), la escuela francesa (Dolto, F., 1990; Lacan, J., 1982), y las norteamericanas (Benjamin, J., 1997; Chodorow, N., 1984) cada una con sus propios matices- han enfatizado el papel determinante que tiene la figura paterna en la vida emocional de los hijos, al establecer una diferencia en el vínculo inicialmente diádico madre - bebé. Las hipótesis psicoanalíticas han destacado que esa figura constituye un tercero diferente -en el sentido de que establecería una diferencia sexual respecto de la madre- y que, desde esa diferencia haría una contribución específica a la estructuración de la vida psíquica del infante humano, de su acceso al orden simbólico de la cultura, a la configuración de su identidad genérica, y a los procesos de dependencia / autonomía que caracterizan el desarrollo infantil. Cada una de las escuelas psicoanalíticas ha puesto el acento sobre una o varias de estas cuestiones.

Si bien se han generado cambios en el interior de las familias actuales, son numerosos los autores que insisten en las diferencias de estos movimientos para hombres y mujeres. Las mujeres han provocado enormes modificaciones dentro de la estructura familiar debido en parte a su inserción masiva en el mercado de trabajo, y también a transformaciones subjetivas que las colocan en otras posiciones ante sus hijos. No ha ocurrido lo mismo -al menos con la misma intensidad y frecuencia- con los padres y las actitudes paternas ante sus hijos, ya que todavía no se ha producido una igualdad en las relaciones familiares. Cuando analizamos desde la perspectiva del género las relaciones de poder entre los géneros, nos preguntamos si los cambios sociales más avanzados se reflejan cabalmente en un cambio en las mentalidades de los sujetos que desarrollan el ejercicio de la paternidad. La socióloga argentina C. Wainerman (1999) destaca que hasta el momento, no han sido equitativos los modos de inserción de los varones al interior del hogar y de la vida familiar en relación con los modos de inserción de las mujeres en la vida laboral en el ámbito extra doméstico. Se pregunta

si, en caso que los hombres no hicieran esa particular contribución transformadora en la vida familiar, estaríamos asistiendo a lo que se caracteriza como una “revolución estancada”.

Cuando nos acercamos al fenómeno de la paternidad entrecruzando la perspectiva de las relaciones de género con hipótesis psicoanalíticas, nos encontramos con un panorama novedoso e interesante. Las problemáticas que se enfrentan son de variada índole, de las cuales daremos sólo algunos ejemplos:

a) ¿Centraremos los debates en los interrogantes acerca de si la paternidad es una función, y en ese caso no importa quien sea la persona que la ejerza (varón, mujer) o inclusive que sea ejercida por una institución? En estos casos, se pone el acento sobre su carácter simbólico, por lo tanto no importarían las condiciones de subjetivación sexuada de quien o quienes ejerzan esa función. Además, se enfatiza que el objetivo del ejercicio de esa función consiste en separar al infante humano de su madre para introducirlo en la cultura. Según estas consideraciones, la madre no es concebida más que como alguien que suministra un cuerpo y el contacto emocional temprano imprescindible para preparar al niño para otros desarrollos como sujeto, tales como incorporar la palabra, la Ley, el orden simbólico. Desde esta perspectiva, si no se produjera este pasaje del orden natural -supuestamente materno- al orden cultural llamado paterno, el infante humano se vería expuesto a gravísimos trastornos psicopatológicos tales como la psicosis, la psicopatía o las perversiones. En este aspecto coinciden las escuelas psicoanalíticas antes mencionadas, así como otras teorías psicológicas acerca de la familia.

b) Los problemas atinentes al ejercicio de la paternidad ¿habrán de referirse ya no a una función que se cumple, sino a la presencia real y efectiva de una figura masculina que ofrezca su presencia, su cuerpo y sus emociones al desarrollo psíquico del infante humano? Th. Laqueur (1992) introduce en este sentido una propuesta original al referirse a la paternidad como un trabajo emocional. Según este autor, en la historia occidental, signada por el discurso patriarcal se, ha ignorado los lazos emocionales de los padres con los hijos, al inscribir a los hombres fundamentalmente dentro del contexto público, y sólo presentes simbólicamente en el orden familiar. Critica el neo- esencialismo de aquellos principios que suponen que la maternidad es “un hecho”, mientras que la paternidad es “una idea”. El supuesto naturalista de que la maternidad consiste en poner cuerpo y emociones, y la paternidad “lo otro”, ha de ser revisado a la luz de las experiencias de aquellos padres que sienten, como él, lo describe en su experiencia como padre “los hechos” de un amor visceral por su hija. Mientras critica el concepto freudiano de que “la paternidad (...) es una suposición (...) basada en una inferencia, en una premisa (...) una conquista de la intelectualidad

sobre la sensualidad (...)", concluye que este debate "no concierne a los cuerpos en absoluto, sino al poder, la legitimidad y las políticas de la paternidad". Como se puede observar, en estos casos se trataría no sólo del ejercicio de una función, claramente diferenciada de la función materna, sino por el contrario, de una función muy similar a la materna: se trataría de un "segundo adulto" (Benjamin, J., 1996, Rodolfo, R., 1998) en el vínculo con la criatura, con lo cual no sólo se desmarca al padre de su clásico lugar del tercero que ha de interrumpir la díada madre - hijo, sino también la del padre que sólo puede aparecer mediado por la madre, sólo disponible para mediar y discriminar lo que se supone un vínculo exclusivo y excluyente materno - filial. Ante esta condición prefijada, R. Rodolfo (1998) destaca la importancia de aquellos hombres que están buscando desplegar un espacio transicional, hacerse un lugar propio entre ellos y sus niños, "*independientemente de toda misión simbólica referida a la madre*". El problema se centraría en la posibilidad de pensar la paternidad no en términos opositivos con la maternidad, siguiendo la clásica lógica binaria de opuestos o / o, donde el padre queda posicionado como figura versus la figura materna. Se trataría más bien de que el padre logre una posición subjetiva que vive por sí misma, no en relación de tensión con la madre, sino desde sí para su hijo, con deseos propios a desplegar en el vínculo paterno - filial. Se tratará entonces, de revisar las clásicas preguntas acerca de la construcción del deseo paterno: ¿qué desea un hombre cuando desea un hijo? (Volnovich J.C., 1998).

Estas observaciones nos llevan a considerar que, en la actualidad, más que referirnos a "la paternidad" como un tipo de vínculo universal y predeterminado de los hombres con sus hijos/as, habremos de referirnos a "las paternidades" en plural, debido a la pluralidad y diversidad de modos de ejercicio de la paternidad, y porque se trataría de un tipo de vínculo históricamente variable que está sufriendo peculiares condiciones de transformación en nuestros días, tal como lo admiten los estudios sobre "los nuevos padres" (Sullerot, E., 1993; Badinter, E., 1987) y como hemos desarrollado en nuestros libros escritos en conjunto: *Género y Familia* y *Varones* (Burin y Meler, 1998 y 2000). Mientras que en la mayoría de los estudios se enfatiza el principio de fortalecer los vínculos paterno - filiales en las relaciones de intimidad, al interior de las familias, simultáneamente asistimos a la configuración de numerosos estilos de vida familiar en donde la figura parental exclusiva es la madre, y se analiza exhaustivamente los efectos que esta condición produce sobre la salud psíquica y social de los niños que se crían en esos contextos. Los debates indican el punto controversial de esta problemática en la actualidad, especialmente cuando las conclusiones refieren que *la ausencia de figura paterna en la familia no incide per se negativamente sobre la salud*

de los niños, sino sólo asociada a otras condiciones sociales y familiares (por ejemplo pobreza, marginalidad, aislamiento social, etc.). Sin embargo, la mayoría de los estudios realizados critican, como problema a encarar, el escaso involucramiento paterno en la crianza y manutención de los hijos, cuando este fenómeno aparece.

Finalmente, entre estas consideraciones generales debemos destacar una problemática ambivalente y contradictoria que expresa la situación actual de la paternidad. Se trata de la frecuente contradicción entre el discurso y las prácticas de la paternidad: si bien la mayoría de los hombres occidentales, al menos aquellos de sectores medios urbanos, refieren un profundo sentido de responsabilidad paterna respecto de sus hijos (de Keijzer, B., 1998), sin embargo esto no se traduce en las propias experiencias con la paternidad respecto a la atención cotidiana de los niños, la actitud de cuidados y de crianza, la manutención económica, etc. Esta condición aparece agigantada cuando la pareja parental se separa, y los niños quedan conviviendo con la madre. Los factores que determinan esta condición son múltiples, y varían desde los rasgos subjetivos propios de la masculinidad, a las condiciones laborales exigidas a los varones, así como factores propios de la socialización temprana masculina que impide rasgos que favorezcan la intimidad afectiva, o bien “ponerse uno a uno” (Winnicott, D., 1972) con las necesidades de la criatura. El desconcierto, la perplejidad y los sentimientos dolorosos suelen ser los afectos resultantes de esta situación ambivalente y contradictoria en el vínculo paterno - filial. Tanto los problemas de la intimidad afectiva como el conflicto de ambivalencia y sus efectos, serán analizados exhaustivamente en esta presentación.

En general la mayoría de los psicoanalistas clásicos considera que el padre no puede ni debe sustituir a la madre, en todas estas posiciones afectivas, ni tan siquiera compartir los cuidados y alimentación del hijo: debe quedar por fuera del vínculo exclusivo madre- hijo, encarnando el principio de realidad, mientras el vínculo madre – hijo encarna el principio del placer. Como representante de la ley, el padre debe mantenerse a distancia. Una psicoanalista francesa, Francoise Dolto, recomendaba a los padres en sus programas radiales que “no olviden que no es a través del contacto físico, sino con palabras, que conseguirán que sus hijos les amen y les respeten” (Dolto, F.1990). El amor paternal tendría ese rasgo distintivo: sólo se expresa a distancia. Este concepto de paternidad absolutamente consistente con las necesidades de la cultura patriarcal, y de las nuevas necesidades económicas, a partir de la Revolución Industrial en Occidente, reafirma las posiciones no sólo subjetivas sino también sociales de varones y mujeres: las mujeres en el ámbito privado, los hombres en el espacio público; las mujeres trabajando en el espacio

doméstico, los hombres en el espacio extra doméstico; ellas ejerciendo el poder de los afectos, ellos el poder racional y económico. Ya desde el siglo pasado, con el afianzamiento del industrialismo en los países occidentales, la figura de la madre de la modernidad se vuelve cada vez más exclusiva y excluyente en la crianza de los niños, en tanto que la del padre se va alejando cada vez más del entorno familiar. Los valores de la masculinidad que encarna el padre cambian: el honor y la fuerza física, típicos de la era pre industrial, se trastocan en los valores de éxito, el dinero y el ejercicio de un trabajo que justifique el alejamiento de la intimidad familiar y doméstica. Según refiere E. Badinter (1993) en la literatura norteamericana comienzan a aparecer dos figuras paternas prototípicas: el padre distante e inaccesible, o bien el padre desvirilizado, despreciado, impotentizado. La mayoría de los hombres de mediana edad recuerda, en el Informe Hite sobre la sexualidad masculina, (Barcelona, 1981) que no tuvieron en sus padres a seres próximos, y muy pocos evocan ser abrazados o mimados por él; y en cambio, sí recuerdan cómo les pegaban o castigaban, o se burlaban de los varoncitos cuando no parecían suficientemente masculinos. Este tipo de ejercicio de la paternidad llevó a que muchos de esos jóvenes no hayan encontrado en él un buen modelo de identificación. Lo buscaron en la ficción literaria, cinematográfica, televisiva, o bien en sus semejantes, en los otros jóvenes de su grupo generacional.

B- Paternidad, identificación e identidad de género

En tanto las niñas interiorizan vínculos intersubjetivos con sus madres en que los contextos de intimidad están marcados por el “cuerpo a cuerpo con la madre”, los niños no se involucran con la misma probabilidad en una relación con sus padres u otros hombres, sino que el modo de su incorporación de la masculinidad implica negar la relación con la madre alejándose de la intimidad con ella. Esto se expresa en el aprendizaje de vínculos más sociales que familiares, en un nivel más abstracto y menos personalizado.

Las mujeres aprenden roles básicamente familiares, reproductivos, pertinentes a los lazos personales y afectivos. Los roles masculinos, en cambio, están definidos en nuestra sociedad como no-familiares. Aunque los hombres se interesan por ser padres y esposos -y la mayoría de ellos desempeña alguno de estos roles a lo largo de su vida-, la representación social de la masculinidad no se asienta en los roles familiares sino extra familiares, especialmente laborales, en la organización del trabajo productivo. Esto tiene sus efectos en el modo cómo la familia se relaciona con el mundo extra familiar: quien determina principalmente la posición de clase y el status

social de toda la familia es el esposo/padre, por su rol ocupacional. Y aunque las familias dependen cada vez más del ingreso económico de ambos esposos, la posición de clase deriva habitualmente, en la mayoría de los estudios realizados hasta ahora, de lo que hace el "jefe de hogar". Los problemas de desempleo en Argentina en los últimos años han transformado notablemente esta situación en las familias, aumentando considerablemente la cantidad de mujeres "jefas de hogar", lo cual propone nuevos modelos identificatorios para los hijos, así como transformaciones en los vínculos conyugales.

Dentro del ámbito familiar, el rol paterno tradicional predominante es proveer económicamente a la familia; muy rara vez se le da semejante importancia a su contribución emocional. Cuando los hombres hacen trabajos "de mujeres" -lavar platos, limpiar, acostar a los niños- lo hacen habitualmente por delegación de la mujer y de acuerdo con la organización establecida por la esposa/madre, que mantiene una responsabilidad residual en esas situaciones. Cuando los padres se relacionan con sus hijos, lo hacen para crear independencia, como personas separadas, mucho más de lo que lo hacen las madres, que supuestamente generan dependencia en los hijos. Casi todos los autores psicoanalíticos que sostienen las teorías de la identificación temprana están de acuerdo en que en nuestros modos de organización cultural familiar existiría un "exceso de madre" y una falta de padre en la crianza de los niños³. Esta situación provocaría el reforzamiento de la división sexual del trabajo y la reproducción social-familiar de la desigualdad entre hombres y mujeres.

Emilce D. Bleichmar (1996) afirma que, desde el punto de vista psicoanalítico, el niño y la niña perciben la diferencia genérica de sus padres ya hacia la edad de 2 años, y que la diferencia no es sexual sino social. Para el varoncito, la percepción temprana de la masculinidad de su padre lo convierte en su ideal, en un deseo de *ser como el padre*; más adelante, con el advenimiento del conflicto edípico, su identificación lo llevará a desear tener *lo que tiene el padre*: el bien fálico. Para esta autora, la identidad de género se adquiere en la intersubjetividad, en el vínculo temprano padres-hijos, en relación con los deseos inconscientes que esos vínculos intersubjetivos tempranos aportan a la construcción de la subjetividad sexuada.

C- Posiciones subjetivas de los padres en el ejercicio de la paternidad. Estereotipos de género y amor narcisista.

³ lo cual ha dado un perfil característico a las consultas psicoterápicas por niños y adolescentes en la década del 60: "madre sobre-protectora, padre ausente"

En *Introducción al Narcisismo* (1914), S. Freud se refiere a los modos de amor narcisista que pueden desplegarse en el vínculo de los padres con sus hijos. La hipótesis freudiana supone que el lazo amoroso de los padres con sus hijos implica una *“reviviscencia y una reproducción del propio narcisismo”*, o sea el niño representa para el padre un objeto de amor narcisista. Desde esta perspectiva el *“amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres”*. Los textos freudianos señalan también que los hijos deberán realizar los deseos incumplidos de sus progenitores: *“ser un gran hombre en lugar del padre”* o *“casarse con un príncipe como compensación de su madre”*. Desde la perspectiva del género esta hipótesis freudiana trataría de la distribución de atributos y logros entre los géneros. Para el padre y la madre el atributo de la grandiosidad idealizada, la de él en ámbito público, y la de ella en el ámbito familiar. Tomaremos algunas hipótesis psicoanalíticas sobre las elecciones narcisistas de objeto para analizar, en esta investigación, las posiciones subjetivas de los padres en relación con sus hijos/as.

En la argumentación freudiana se describen cuatro tipos de elección narcisista de objeto, denominados *“dobles narcisistas”*. Ellas se atienen a alguno de estos criterios:

- a) lo que yo desearía ser (doble ideal)
- b) lo que yo soy (doble idéntico)
- c) lo que yo fui (doble anterior) y
- d) lo que ha salido de mí mismo.

Si bien Freud alude explícitamente a las elecciones narcisistas de objeto, esta descripción de sus modalidades diferenciales puede resultar de utilidad para una primera categorización de los vínculos que establecen los padres con sus hijos. Podemos considerar entonces cuatro tipos de doble, tomados como objetos amorosos, a los que designamos, respectivamente, como ideal (lo que yo desearía ser), idéntico (lo que yo soy), anterior (lo que yo fui) y generado por desprendimiento (lo que ha salido de mí mismo, como podría ser una obra o un hijo, por ejemplo). Si lo aplicamos al vínculo que los padres tienen con sus hijos, observaríamos que esta es una dimensión temporal en la percepción de los hijos en relación a la configuración de la masculinidad, en términos del verbo ser: como fui varón, como quisiera ser, etc.- Esto se lleva a cabo sobre la base de identificar proyectivamente en los hijos aspectos de sí mismos investidos narcisísticamente.

Consideramos importante resaltar las dos facetas que tienen estas experiencias identificatorias:

1) Como repetición de situaciones traumáticas que han sido difíciles de elaborar, en el vínculo con el propio padre y 2) en sus aspectos creativos, como transformación de experiencias vividas dolorosamente, en otras gratificantes, propiciadoras de satisfacción.

- 1) En cuanto a la *repetición* de situaciones traumáticas, la transmisión entre generaciones permite a *los padres elaborar los traumas de la propia infancia* y reparar los vínculos conflictivos que han tenido con sus propios padres. En una investigación previa (Burin, M y Meler I, 2004) hemos hallado algunos casos de hombres cuya precariedad laboral y su desarrollo como padres se articulaba según estas premisas. Por ejemplo, el caso de G. en relación a su hijo varón, que padece una enfermedad por la cual debe ser atendido por psiquiatras desde pequeño, la situación del niño reduplica sus temores por sus propios trastornos psíquicos que, hace unos años lo llevaron a una internación psiquiátrica. Observa en su hijo varón a alguien que él fue en un momento anterior de su vida (su hijo como un doble anterior) y teme que el niño repita aquella situación que a él le resultó dolorosa e incapacitante. Uno de sus efectos fue la claudicación laboral, la dependencia económica de su esposa, y su actividad casi exclusiva en el ámbito doméstico, en las actividades de limpieza y mantenimiento del hogar. Su actividad laboral se vio interferida por sus trastornos psicológicos, que potenciaron sus dificultades previas de inserción laboral. La crisis económica 2001-2002 en Argentina, lo dejó inerme ante una nueva situación traumática, externa e interna a la vez.

Otro de los entrevistados, M., dice: *“no hago más que repetir algunos modelos, especialmente en la agresión física (...) el modelo que me fue enseñado es “porque te quiero te aporreo”, y eso me cuesta no repetirlo” (...)* Yo no quiero repetir la historia de mis padres, mi padre aislándose, siempre con problemas de tabaquismo y alcoholismo (...) los fines de semana quiero disfrutar de los chicos (...) porque desde que nacieron los chicos se me juntaron un montón de emociones, entre ellas, los miedos, todos los miedos (...) miedo de repetir a la figura de mi padre, que para mí fue tan cuestionada, eso me generaba angustia, mucha presión (...) incluso mi abuelo tenía ese modelo de la agresión (...) y mi padre, por educarme creía que me tenía que dar con un palo, porque la tinta con sangre entra (...) yo pude hacer un corte con ese aspecto de mi familia pero ellos siguen usando ese modelo de agresión, física o verbal, y salir de ese modelo me cuesta horrores (...) (Ahora que estoy desempleado y no tengo trabajo)

cambié bastante como padre, antes estaba siempre cansado, no quería que los chicos me molesten (...) ahora tengo ganas de estar con ellos (...)”

En este caso se trataría de la elección de un doble sobre la base de aquél que yo no desearía ser, o sea una definición por lo inverso del doble ideal: él no querría ver en sus hijos al niño que fue ante su padre. La experiencia del desempleo y la crisis laboral concomitante lleva a M. tomar la crisis como oportunidad para rectificar experiencias traumáticas previas.

Hemos hallado que los padres tipifican más rígidamente por género que las madres, o sea, los varones establecen un vínculo con los hijos más de acuerdo con los estereotipos de género que los vínculos de las madres con sus niños.

Muchos autores, entre ellos M. Kimmel (1992) se refieren a una supuesta igualación en la experiencia femenina y la masculina respecto de la posibilidad de identificación con los hijos. Sin embargo el hallazgo de esta diferencia en el modo en que los padres y las madres tipifican por género a sus hijos determina que la experiencia de la paternidad no sea comparable con la experiencia de la maternidad.

Una diferencia de género significativa en cuanto a la tendencia a la estereotipia, se manifiesta en que los padres determinan más fuertemente la masculinidad de los varones y la heterosexualidad de las mujeres.

Algunos sujetos revelan un vínculo con sus hijos con una marcada diferencia estereotipada entre los géneros: es más estricto y exigente con las conductas sociales y deportivas de su hijo varón, y más permisivo con las niñas que aún son pequeñas. Tal como lo expresan, responde al estereotipo tradicional masculino sobre la paternidad: distancia emocional de sus hijos mientras son pequeños, delegación de los cuidados en su esposa, y mayor involucramiento de su parte a medida que van creciendo. También encuadrada dentro del estereotipo de paternidad tradicional, se observa la actitud de estar más atento al desempeño de su hijo varón en el ámbito público – en el club, en las actividades deportivas – en tanto que las niñas parecen estar ausentes de su universo de representaciones en el ámbito extra-doméstico.

“(...)Tengo mucho conflicto con mi hijo varón, soy el entrenador deportivo de él en el club, en cambio con las nenas, las miro y me hacen gracia, pero sin mucho contacto (...) cuando entrenamos mi hijo se pone caprichoso y yo soy muy estricto, no le perdono ni una (...) el otro día le grité y luego lo eché de la cancha, se había encaprichado con un gol que no era, fue mi duro para él pero lo tuve que hacer, si no iba a ser un mal ejemplo para el resto (...) soy más estricto con él que con las nenas, ellas me hacen sonreír, él me hace enojar, nos ponemos tensos, esperando que aparezca el problema (...)”

Otro ejemplo de lo señalado anteriormente puede graficarse con las palabras de D. que al referirse a las preocupaciones para con sus hijos dice: “(...) *Andrés no trabaja y no pone mucho empeño en estudiar algo, no lo veo con vocación. De Santiago me preocupa que se ponga objetivos y no para hasta conseguirlos. De María me preocupa su sexualidad, cómo será el inicio de su sexualidad, si la tratarán bien o no, si puede tener una vida matrimonial o de pareja buena, tengo muchos temores con María, porque es mujer (...).*” (...)*Me preocupa también su adaptación al cambio de colegio, que extrañe a sus compañeras, quizá crea que está enamorada y como tiene 15 años su vida social es incierta, tengo que cuidarla...*”

El proceso de modelado de los géneros femenino y masculino que realiza D en relación a sus hijos es de tipo tradicional: piensa en sus hijos varones en términos de sus estudios o su dedicación al trabajo, en tanto que se refiere a su hija centrándola en la sexualidad, el enamoramiento y/o sus relaciones sociales. Su vínculo narcisista con sus hijos varones revela que en tanto Andrés se configura como su doble idéntico, ya que describe a su hijo de igual modo que se describió a sí mismo, siente que Santiago es un doble ideal, con objetivos e iniciativa como a él le gustaría ser.

- 2) En el aspecto *creativo y reparatorio* del vínculo paterno – filial, un aspecto interesante a considerar, que hemos hallado en varios de los padres entrevistados, es la depositación en los hijos de proyectos a futuro, reparatorios de las experiencias que ellos tuvieron. Se trata de la proyección en los hijos de un doble ideal de sí mismos, que puedan alcanzar las metas que sus propios padres no han podido lograr, especialmente en lo referido a oportunidades educativas y laborales. Uno de los entrevistados relata su percepción de su hijo como un doble ideal, que le representa aquello que él querría ser. R. es uno de los sujetos de nuestra investigación que observa, admirado, cómo su hijo veinteañero ha optado por una carrera laboral y educativa que le permiten ingresos económicos acordes a su proyecto de armar una familia y ser responsable económicamente por ella, postergando su predilección por la música, o bien desplegando su talento musical en momentos que no se superpongan con sus otras obligaciones. R. lo compara con el joven que él fue, que no pudo oponerse a los mandatos de su padre de seguir una carrera educativa que lo habilitara fundamentalmente para ser proveedor económico, pero desconsiderando sus inclinaciones expresivas, hacia la música, las artesanías, etc. Siente que su hijo logra transacciones subjetivas y sociales con menos costo psíquico y económico que el que él padeció, debido a que su estilo de inserción laboral fue forzado, poco

placentero y con predominio de la hostilidad por su sometimiento hacia ese destino impuesto por la figura paterna. También admira la posición social y subjetiva de su esposa, quien no sólo trabaja aportando buena parte de los ingresos económicos de la familia, sino que además cultiva con entusiasmo su inclinación hacia la música. La alianza conyugal lo ha llevado a identificarse con su esposa y la herencia familiar de ésta en cuanto a la tradición musical que sostienen desde hace varias generaciones. Una consecuencia de esta identificación es que en la actualidad R. está procurando desplegar también él su veta creativa y expresiva largamente postergada.

Por otra parte, ya hemos descrito un ejemplo de considerar en su hijo la representación de un *doble anterior de sí mismo* en el caso de T., con su hijo adolescente, en la identificación de su situación traumática en el aspecto económico de cuando él mismo fue adolescente y su padre dejó de pagar las cuotas del colegio al que asistía. En la actualidad le preocupa que no pueda ofrecer, a su hijo de 16 años, la cobertura médica necesaria ni el profesor de tenis que necesitaría para seguir con su actividad deportiva. En el caso de T., él se identificó con el rasgo del padre que tanto criticó siendo adolescente – la irresponsabilidad y el apego a proyectos económicos grandiosos e irrealizables – y desplegó una actividad laboral que excedió sus capacidades físicas y económicas, volviéndose él mismo una persona irresponsable. Esta identificación con un padre del cual no pudo des-identificarse a tiempo, y que sólo pudo hacerlo en condiciones traumáticas, lo llevó a imponer a su hijo condiciones semejantes a las que él padeció en su adolescencia. La puesta en crisis de esta condición repetitiva y traumática lo condujo a encarar su actividad laboral actual de modo distinto, con el registro subjetivo de satisfacción por sentirse responsable y atento a las necesidades de su hijo adolescente.

D- Conflictos en el vínculo paterno filial: El conflicto de ambivalencia

Las situaciones de conflicto psíquico indican la coexistencia de motivaciones contradictorias, incompatibles entre sí. Si bien los conflictos son consustanciales con la vida, a menudo se configuran no como propulsores del desarrollo de un sujeto sino como un factor de detención en su desarrollo y en sus vínculos. El desarrollo de hostilidad en los varones como parte de sus esfuerzos por la diferenciación y el recorte respecto del otro se contraponen con las nuevas necesidades del ejercicio de la paternidad, que requiere de procesos identificatorios a predominio amoroso, que impliquen acercamiento. En el caso de los varones y el ejercicio de la paternidad, uno

de los conflictos predominantes se refiere al desarrollo de la hostilidad. Si bien en nuestra cultura occidental el desarrollo de conductas agresivas ha quedado íntimamente asociado al despliegue y afirmación de la masculinidad, esto podría constituirse como obstáculo para el ejercicio de la paternidad en los hombres estudiados.

El *conflicto de ambivalencia* ilustra una de las problemáticas más agudas que parecen enfrentar los padres entrevistados. Este conflicto puede describirse de la siguiente manera: el sujeto se siente atraído, a la vez que rechaza, un mismo objeto amoroso, en este caso el/la hijo/a, condición que le provoca estados de tensión y ansiedad, porque peligra el objeto amado debido al rechazo-hostilidad que se le tiene simultáneamente. Este conflicto conlleva estados depresivos y sentimientos de culpa. Las conductas defensivas tendientes a reducir la ansiedad que deviene de este conflicto suelen procurar disociar las dos tendencias contrapuestas que lo componen, enfatizando sólo una de ellas. El conflicto de ambivalencia suele ser la base de todas las otras situaciones conflictivas. El potencial hostil que se revela en el conflicto de ambivalencia, desplegado hacia los niños pequeños, es uno de los más enfatizados habitualmente cuando se proponen paternidades que alejen a los hombres de los niños en condiciones de indefensión.

Como parte del procesamiento subjetivo que realizan los varones ante este conflicto, hemos hallado otras posiciones subjetivas frecuentes en los padres respecto de sus hijos: el hijo tomado como **rival** en su vínculo con la esposa, y su posición subjetiva como **ayudante** de la esposa para la crianza de los niños. Al ocupar la posición de ayudante, el sujeto coloca a otro en posición de modelo o ideal al cual quiere auxiliar. Las investiduras posicionales en los vínculos intersubjetivos han sido descritas por Freud (1921) cuando postuló que el otro, el semejante, puede ocupar para el yo cuatro lugares: modelo, objeto, ayudante y rival del sujeto. Según la teoría freudiana estos diferentes lugares se constituyen en cada aparato psíquico de un modo necesario, y luego el yo inviste con ellos a diferentes sujetos, en principio pertenecientes a un círculo íntimo, y luego a contextos cada vez más distantes. Esta teoría explica que la constitución y articulación de las investiduras posicionales se imbrican con el surgimiento y la diferenciación de los deseos. La relación del yo con el *modelo o ideal* tiene que ver con el *deseo de ser* (como anhelo, como añoranza) y en consecuencia con la libido narcisista y el acceso a la posición de sujeto mediante la identificación, tal como fue descrito en el apartado anterior, al desarrollar el concepto de la identificación con los hijos como dobles de sí mismos. La relación del yo con el **rival** tiene que ver con el deseo hostil de apoderarse y dominar, pero también como deseo de diferenciación, de recorte respecto del otro. La figura del hijo puede ser ubicada

rápida­mente en el lugar psíquico del **rival**. El rival es aquél que ocupa un lugar que amenaza con la aniquilación del sujeto, por eso se vuelve peligroso, especialmente en aquellas configuraciones familiares donde se ha glorificado e idealizado la figura de la madre de modo tal de hacerla poseedora de todos los dones. En estos casos, existiría un único sujeto que sintetiza todos los bienes, que suele ser el amor, o el reconocimiento del otro. Junto a ese único sujeto, sólo habría lugar para un único objeto, que recibiría su amor y/o reconocimiento. En tanto la madre ocupe la posición de modelo, sólo uno será colocado en la posición de objeto amoroso para ella, en tanto que los otros serán su rival.

En algunos casos el propio sujeto se coloca/ es colocado en posición de *ayudante* o auxiliar. El ayudante o auxiliar tiene que ver con tomar al otro, o bien ubicarse como un medio para un fin. Colocado como ayudante, no se le reconocen deseos propios.

Esta ha sido una de las posiciones clásicas que configuraron la parentalidad a partir de la Revolución Industrial: las madres han sido configuradas como sujetos de la experiencia y los hijos como su objeto libidinal preferencial, en tanto la posición social y subjetiva de los padres ha sido de rivales y/o ayudantes de la madre y de los niños al interior de las familias.

Estos lugares no quedan fijados de una vez y para siempre, son móviles y van sufriendo modificaciones a lo largo del desarrollo de la subjetividad. De este modo aquellos sujetos que ubican inicialmente al otro en el lugar, por ejemplo de ayudante, puede trastocar luego esta investidura posicional libidinal en otras distintas. Esta condición se puede observar en aquellos padres que tienen con sus hijos pequeños un vínculo de rivalidad, y que transforman este vínculo en compañerismo o camaradería cuando los hijos se vuelven adultos.

Hemos hallado que no sólo los hijos sino también el trabajo extra doméstico que realiza la esposa, puede ser colocado como rival en los vínculos conyugales desde la perspectiva de género masculino tradicional. Tanto en el caso de los hijos, como respecto del trabajo de la esposa, lo que se configura como **rival** para los hombres es la intensa investidura libidinal que la esposa otorga a aquello que sale de sí misma (como en la posición en que los hijos o el trabajo representan un doble narcisista del/ la sujeto). Estos hombres perciben al trabajo o al hijo como una elección de objeto narcisista de la esposa madre: no son ellos, los maridos, los investidos libidinalmente, que es lo que sería esperable de una esposa tradicional, según la clásica perspectiva que supone que lo que desea una mujer es ser amada por un hombre. (Freud, S, 1931). Estos hombres consideran que naturalmente deberían ser los únicos elegidos para el despliegue de vínculos amorosos, deberían ser el principal objeto donde la esposa volcará la mayor carga libidinal, pero encuentran que esto no se cumple con el

nacimiento de los hijos o bien con el trabajo extra doméstico de la esposa, cuando esta les otorga una intensa investidura libidinal.

En estos casos, al visualizar al hijo como rival, con quien debe competir, desata un vínculo hostil y no solo afectos amorosos hacia él, con lo cual se configura el eje central del conflicto de ambivalencia mencionado al comienzo.

En el estudio realizado previamente (Burin, M. y Meler, I., 2004) tomado como base del que actualmente desarrollamos, M no duda en identificar a sus hijos como rivales en el amor y atención de su esposa. *“ (...) Cuando estás recién casado sos el rey de la selva, el amo del universo, pero cuando nace tu primer hijo pasaste a 5º o 6º posición: primero está el bebé, segundo las cosas del bebé, tercero la comida del bebé, cuarto la habitación del bebé, y después de una lista de prioridades aparece el marido. Uno queda desplazado, quedamos al costado y nuestras esposas siguen adelante con el bebe. Eso genera muchos conflictos en los matrimonios (...) yo trato de no ponerme celoso en eso, pero aunque conozco los problemas igual sentí la competencia (...) Las mujeres dejan de atender al marido para atender al bebé, y se resiente la vida sexual de la pareja”.*

En este caso el hijo aparece no sólo como rival en el amor y la atención de la esposa, sino también en el erotismo de la pareja, que se ve afectado porque el centramiento libidinal de la esposa está puesto en el niño, no en el marido como ocurría en el momento anterior al nacimiento de la criatura. Para los padres esta situación los lleva a una profunda conmoción emocional de carácter regresiva, que puede revivir el clásico conflicto edípico de sentirse como un niño excluido en la pareja.

En el caso de J. E., su rival que amenazaba el vínculo conyugal ha sido los bienes económicos, repentinamente heredados, de los que disponía su esposa. Su posición subjetiva ante el trabajo, a lo largo de toda su vida, había sido de pasividad y dependencia: provenía de una familia de sectores medios altos, en la cual los padres proveían económicamente a sus hijos hasta bien entrada la adultez, no sólo con su trabajo sino también con bienes heredados (campos, propiedades, etc.). J. estudió abogacía y se recibió después de muy largos años de estar en la facultad, y sólo trabajaba en pequeñas actividades que le permitieran “ir pasando la vida”, según lo expresó, ya que prefería ir al club y entretenerse jugando a distintos deportes, o tomando vacaciones prolongadas. Se casó con una mujer emprendedora, con iniciativas laborales, que lo habilitó para buscar mejores oportunidades laborales como abogado. Con ella tuvo dos hijos, y aparentemente su vida familiar era satisfactoria hasta que su esposa recibió una pequeña herencia en inmuebles en otra ciudad, que decidió administrar personalmente. J.E. no soportó que su esposa no aportara esos

bienes al patrimonio familiar, considerando que ello contribuiría a que él pudiera trabajar menos. Simultáneamente, terminó su ubicación laboral dentro de un contexto en donde había estado trabajando los últimos 15 años con muy poco esfuerzo personal, ya que esa empresa cerró debido a la crisis económica argentina. Su posición subjetiva previa, unida a una frágil identidad laboral, hicieron que la crisis por la que atravesó deviniera en una situación de catástrofe personal. El matrimonio se fue deteriorando y culminó en divorcio. Poco después, J.E. regresó a vivir a la casa de su anciana madre, donde ocupa el dormitorio de su infancia, en condiciones de cuasi-dependencia económica, ya que realiza mínimos aportes a los gastos comunes. En este caso, se consolida la posición regresiva infantil que este sujeto siempre ocupó ante el trabajo, dentro de un contexto familiar-social de sus orígenes que aprobaba y reforzaba semejante posición subjetiva. Mantiene un vínculo afectuoso con sus hijos, medianamente distante, con los cuales se reúne generalmente los fines de semana o en las vacaciones, en el campo de la familia, compartiendo con ellos actividades principalmente deportivas y de juegos adolescentes. Su posición subjetiva favorita es la de un hijo que desea jugar, sin compromisos emocionales ni económicos, detenido su desarrollo psíquico y social en su adolescencia.

Un ejemplo de paternidad, hallado en la investigación citada anteriormente (Burin, M. y Meler, I., 2005), es la posición regresiva posible de sentir a su hijo como un hermano menor, que le priva de los cuidados y atención de la esposa – madre. Ante una situación como esta, uno de los entrevistados, P., opta por ubicarse a sí mismo en la posición de ayudante de su esposa, con una actitud de cuidados de su hijo/ hermanito menor. La posición subjetiva del ayudante o auxiliar depende de invertir a otro en posición de modelo o ideal. Aquél investido en posición de modelo es el que otorga existencia a los otros por poseer el bien anhelado por el resto. El lugar de ayudante es correlativo con la investidura de otro en lugar de modelo. Desde esta posición de auxiliar desarrolla una función, despliega una acción, o demuestra una afectividad, que supone es la deseada por aquél que concibe como modelo o ideal. La posición subjetiva de auxiliar carecería de deseo propio, se rige por la estructura deseante de aquél que inviste como ideal o modelo.

P. ingresa a la familia constituida por A. y su hijo, colocándose rápidamente en la posición de auxiliar de A. No sólo es varios años más joven que ella debido a lo cual le reconoce mayor experiencia en la vida familiar, sino que también admite que él tiene menos experiencia laboral y muchos menos ingresos económicos que ella. Su inserción laboral es precaria: depende de que A. le brinde trabajo como dibujante. Siendo el hijo de A. un adolescente, P. lo toma casi como hermano menor y se coloca

en relación con A. en posición de auxiliar para cuidarlo y ayudarlo con sus estudios. P. puede asumir esta posición subjetiva mediante el recurso de reconocer a A. su liderazgo laboral y emocional. Esta configuración de la pareja implica que ella está en posición de modelo tanto en el contexto familiar como laboral, en tanto los deseos de P. pivotan alrededor del liderazgo de su esposa.

P. además define a A. como “(...) *una persona bárbara, hermosa...tiene principios muy sólidos y muy buenos, parecidos a los míos, pero los sostiene mucho más férreamente (...)*”. Desde esta perspectiva P. también ubica a A. como un doble ideal de sí mismo, o sea aquella persona que él quisiera ser con atributos de iniciativa y de liderazgo. Esta posición subjetiva le permite a P. sostener su precariedad laboral y su dependencia económica de la esposa, a la vez que entra en conflicto con la pasividad que esta posición implica, que ponen en duda algunos rasgos de la masculinidad tradicional en la vida sexual de esta pareja. Sin embargo, esta posición le permite una actividad como padre sustituto del hijo de A. que contribuye a la consolidación de la pareja.

E- El vínculo entre padres e hijos: el conflicto con la hostilidad y los deseos amorosos.

En relación con el padre y sus hijos un problema básico es el destino de las *pulsiones amorosas* entre ambos. El eje de la problemática desde la perspectiva psicoanalítica del género, se plantea alrededor del *centramiento en el conflicto edípico como modo paradigmático de procesar el destino pulsional de los varones en nuestra cultura occidental*. Hemos de recordar que, a grandes rasgos, la teoría freudiana (Freud, S., 1915) plantea un momento del desarrollo del aparato psíquico en que se produce la así llamada *defusión pulsional*, con el desarrollo de pulsiones amorosas y pulsiones hostiles, y que esas pulsiones pueden tener *dos grandes destinos predominantes*: transformarse y adquirir representación psíquica bajo la forma de deseos, o bien originar desarrollos de afectos. En tanto los afectos sólo buscarían su descarga bajo diferentes formas, el desarrollo de deseos recargaría al aparato psíquico con nuevos objetos libidinales, y esto, a su vez promovería la gestación de nuevos deseos. Pero para los varones de nuestra cultura parecería que las condiciones de construcción de la masculinidad se darían a partir del desarrollo de *un tipo de deseos, los deseos hostiles*, en tanto que los deseos amorosos tendrían un destino predominante que sería la represión. Y en cuanto al *desarrollo de afectos*, sería los afectos hostiles, de rivalidad, egoísmo y capacidad de imponerse al otro y dominarlo lo que constituiría los modos de subjetivación predominante de los sujetos varones, en tanto que la amorosidad, los cuidados y la dedicación tierna hacia el otro, o sea, los afectos

amorosos, habrían tenido un destino de inhibición, de postergación, de desplazamiento, de disociación y proyección.

En el *modelo edípico de enfrentamiento de conflictos*, se produciría una polarización genérica merced a la cual los varones que no los hayan resuelto con este modelo paradigmático serán sospechosos de inmadurez psicosexual en las hipótesis clásicas, o bien de homosexualidad, por tener una identificación a predominio femenino. El eje predominante alrededor del cual surge esta condición es que se configure el conflicto edípico, pleno de luchas y rivalidades entre dos hombres que luchan por un bien, considerado como único y escaso, que es el amor materno. En estas condiciones, el sistema Superyo- Ideal del yo se configura mediante la creación de un Superyo paterno terrible, aquél que impone la ley, el padre interdictor que opera como tercero separando al niño de su madre. Este Superyo entra en relaciones de tensión, o de complementariedad, o de simetría o de oposición, con el Ideal del yo, que, como bien los describe Luis Bonino Méndez (Bonino, L., 1997), está compuesto de varios ideales complementarios entre sí: el ideal de control y dominio, el ideal de autosuficiencia, el de no tener nada de femenino, ni de bebé y varios otros que el autor describe minuciosamente, junto con los conflictos derivados del cumplimiento o incumplimiento de los mismos.

El problema que se plantea a los padres, se centra en las dificultades del procesamiento de los deseos amorosos, deseos que incluyen vínculos identificatorios que propician movimientos subjetivos de acercamiento y de unión entre hombres, en este caso entre padres e hijos.

Consideramos que en este estudio debemos explorar más a fondo el deseo insatisfecho de los varones de haber disfrutado *el vínculo preedípico siendo niños con sus padres*, especialmente con un padre idealizado y omnipotente, con quien hubiera deseado desplegar deseos amorosos y desarrollos afectivos marcados por la amorosidad, los cuidados, el lazo de ternura, que según nuestros estereotipos de género clásicos sólo serían posibles como equivalentes de la feminidad. El análisis de esos movimientos pulsionales del niño y su resignificación en la adolescencia, serían un paso ineludible para comprender la resolución edípica posterior. De un modo similar se expresa J. Kristeva (Kristeva, J. 1993) al referirse al padre de la prehistoria, un padre imaginario, al que se refiere como “un destino luminoso de la paternidad” Pero para ello será necesario también examinar las posiciones subjetivas de los hombres en cuanto a su función paterna. En esta breve descripción del conflicto hemos podido hallar hasta el momento tres posiciones subjetivas en cuanto a los modos de *ejercicio de la paternidad*, según las categorías de análisis Tradicionales, Transicionales e Innovadoras que últimamente estamos utilizando para describir los

posicionamientos en el género también para las mujeres. Los *padres Tradicionales* se agruparían alrededor de la noción de autoridad paterna frente al hijo, el del padre que impone la ley, aquel que afirma que “una mirada o una palabra bastan para que mi hijo se ubique”, en tanto que los *padres innovadores* padecen más bien de la condición de perplejidad y de emborronamiento de los límites generacionales. El grupo mayoritario estaría constituido por los *padres Transicionales* que participan simultáneamente de algunos rasgos tradicionales, de otros innovadores, y de otros que los acercan a lo que clásicamente se definió como propio de las funciones maternas (cuidados, contención emocional, nutrición, etc.). Este grupo de padres, hombres buscando alguna posición comprometida con sus deseos y haciendo de ellos una creación cotidiana, parece ser el más promisorio para los nuevos desafíos en el vínculo entre padres e hijos. Se trataría no sólo de posiciones subjetivas que asumirían sólo aquellos varones que transitan por una crisis vital singular, como es la de la precariedad laboral, sino de todos aquellos que encuentren un significado enriquecedor en sus vidas a la experiencia de una paternidad distinta de la estereotipia caracterizada hasta el presente para el género masculino.

En síntesis:

En las clásicas familias nucleares de los sectores medios urbanos en Buenos Aires, la figura paterna estaba constituida por un varón cuya principal función familiar era la de ser proveedor económico. En tanto la figura materna tradicional era definida en términos emocionales en el vínculo con el resto de la familia, detentando un liderazgo afectivo denominado “el poder de los afectos”, la figura del padre tradicional se construía sobre la base de la distancia emocional, desplegando el liderazgo económico. Cada una de estas posiciones era social y subjetiva a la vez, y nominaba a los sujetos no sólo como madres o padres, sino también caracterizando su femineidad o su masculinidad.

Este modelo clásico de familia nuclear se resquebraja y entra en crisis a partir de las últimas décadas, y se acentúa aún más en aquellos países con fuertes crisis económicas, como las sucedidas en México y en Argentina recientemente.

Hemos planteado el concepto de crisis en su doble acepción: como situación de riesgo para padecer una condición catastrófica, o como oportunidad para cambiar condiciones de vida displacenteras y/o ineficaces, tanto en el plano laboral como familiar. Hemos propuesto algunas características del vínculo paterno-filial que serían más promisorias para que la precariedad del empleo masculino devenga en una oportunidad de transformación subjetiva y familiar en los varones afectados por la precariedad en su inserción laboral. Para ello hemos sugerido la recomposición de sus

movimientos pulsional-deseantes, así como la puesta en marcha del juicio crítico y de sus posiciones subjetivas en sus vínculos identificatorios con sus hijos.

Es necesario estar atentos a las nuevas configuraciones laborales que impliquen transformaciones a los tradicionales modos de constitución de lo que llamamos la *identidad de género laboral*, tanto masculina como femenina. Mientras se procesan estas condiciones de la transición entre los tradicionales modos de posicionamiento en el género para varones y mujeres según su inserción laboral, y se analizan las tensiones y conflictos provenientes tanto de la asunción de identidades de género laborales transicionales o innovadoras, debemos prestar especial atención a los rasgos del malestar que provoca esta situación, procurando ofrecer mejores modos de comprensión para el mismo. Al no poder hacer compatible su vida laboral con sus vínculos en la intimidad familiar, los varones expresarán su malestar buscando formas de resolución que, como la adicción al trabajo aquí descrita, pueden poner en riesgo su vida psíquica. Es tiempo de ampliar las bases de la subjetividad masculina para que la vida de los hombres sea más saludable. Asimismo, una mayor flexibilidad en los recursos identificatorios con rasgos clásicamente descriptos como femeninos -que aquí fueron descriptos como el despliegue de la creatividad y la imaginación, el compromiso emocional profundo con los hijos, y una actitud reflexiva de evaluación crítica respecto de experiencias pasadas- contribuirá no sólo a mejorar las capacidades subjetivas y sociales de los hombres en condiciones de precariedad laboral, sino también las relaciones entre los géneros.

V- La construcción personal de la masculinidad: su relación con la precariedad de la inserción laboral

A) Introducción

La mayor parte de los estudios se enfocan en explorar los efectos del contexto actual en los sujetos cuya existencia transcurre al interior del mismo. Sin embargo, no todos padecen del mismo modo circunstancias semejantes. Por el contrario, existe una notable diversidad subjetiva, lo que transforma al estudio de la misma en un objeto legítimo de indagación. Es necesario destacar la legitimidad de analizar las predisposiciones subjetivas que promueven que algunos varones sean más vulnerables que otros a los avatares sociales, debido a que se tiende a considerar este enfoque de modo crítico (Hidalgo Xirinachs, 2004). En efecto, se teme que nos hallemos ante una subjetivización espuria del malestar social, que puede derivar con facilidad hacia responsabilizar a los sujetos de su propio sufrimiento. De modo que resulta necesario aclarar que el estudio de las subjetividades, y en especial, el de las

dificultades subjetivas referidas al desarrollo laboral, no tiene el propósito de disminuir la importancia de las circunstancias adversas del mercado laboral de nuestra época. Por el contrario, puede contribuir a explorar cuales son las disposiciones psíquicas que será útil desarrollar para realizar una adaptación creativa a las condiciones cambiantes del entorno. Esta adaptación incluye la posibilidad de la crítica social y de la lucha política por mejores condiciones de trabajo. Pero si nos negamos al estudio de los obstáculos laborales cuyo origen es biográfico y psíquico, empobreceremos nuestras indagaciones hasta transformarlas en una retórica vacía de significados innovadores. El estudio de la subjetividad es entonces un nivel de análisis válido, que enriquece la comprensión de determinados procesos históricos, cuando se lo pone en diálogo con otros estudios sociales. Numerosas autoras comprometidas con la transformación del sistema de géneros (Chodorow, 1984, Mitchell 1982) se han acercado al psicoanálisis al comprender que no es posible elaborar una teoría del cambio social si se carece de herramientas que permitan comprender la subjetividad de los actores involucrados.

B) Diversidad al interior del colectivo masculino

Los varones pueden ser considerados como un colectivo social, unificado en torno de las representaciones sociales hegemónicas respecto de la masculinidad y a la vez, diferenciados entre sí por su inserción de clase, su edad, su origen étnico y su orientación sexual. Más allá del cruce de todas estas variables, existe lo que Nancy Chodorow (2003) ha descrito como la construcción del significado personal que adquiere la pertenencia a un género para cada sujeto.

“El sentido que cada persona le da al género es una creación individual, de modo tal que hay muchas masculinidades y muchas femineidades. La identidad de género de cada persona es un entramado inextricable, virtualmente una fusión de la significación personal y cultural”

Mediante el concepto de significación personal, Chodorow se opone a la tendencia difundida entre el feminismo académico norteamericano, a elaborar explicaciones sociales y lingüísticas acerca de la subjetividad, que tienen a considerarla como un producto del orden simbólico vigente. Ante estas posturas, la autora destaca la pertinencia de un estudio de la construcción idiosincrásica de la subjetividad, ya que cada sujeto elabora de modo personal el conjunto de representaciones y valores que son compartidos por su entorno social. Al mismo tiempo, los estudios psicoanalíticos tienden a establecer una generalización sesgada, a partir del estudio de casos tal como se observan en determinadas épocas y lugares. Se extrae como conclusión que

se trata de tendencias transhistóricas, universales y no se reconocen de ese modo, los determinantes sociales y culturales que explicarían la variabilidad subjetiva observable. Chodorow admite la existencia de tendencias que permiten establecer diferencias de actitudes entre los géneros, pero considera necesario recordar que estas tendencias tienen solo un valor estadístico, y que de ningún modo autorizan a considerar que los sujetos que no se han construido de modo acorde con las tendencias predominantes, padecen alguna clase de patología. De esto se deduce que la generalización de muchos estudios psicoanalíticos ha tenido un notable efecto normalizador, evaluando las particularidades personales a la luz de las tendencias estadísticas.

Una vez establecido el valor y el enfoque con que emprendemos los estudios de caso, que permiten analizar la diversidad de estilos de construcción del género que existe entre los sujetos investigados, podemos recordar que la dominación como actitud subjetiva, constituye un componente central de las representaciones colectivas sobre la masculinidad. Robert Connell (1996) ha expresado con claridad que, siendo la masculinidad un estatuto social relacionado con el dominio, existen en su interior jerarquías que permiten ubicar a los varones en un estilo de masculinidad hegemónica o dominante, o en estamentos subordinados. David Gilmore (ob. cit., 1990) en su estudio comparativo entre diversas culturas, ilustra con vivacidad el modo en que distintos grupos humanos hacen objeto de denigración a aquellos de entre sus hombres que no logran el nivel al que se supone deben aspirar todos los varones. En un estudio anterior, sobre "Género, trabajo y familia", realizado en conjunto con Mabel Burin en el contexto del *Programa de Estudios de Género y Subjetividad* de UCES, una de nosotras realizó aportes acerca de las tendencias subjetivas de algunos varones hacia el desempeño laboral inestable o deficitario (Meler, 2004). En el estudio que está en curso, acerca de la precariedad laboral y su efecto en la masculinidad, hemos tenido ocasión de entrevistar a varones que presentan con claridad estas características que promueven la precariedad laboral y económica. En el estudio mexicano que se ha realizado de forma paralela a este estudio (Jiménez Guzmán y Tena Guerrero, 2007) se ha entrevistado a varones que tenían una inserción sólida en empresas, que habían desarrollado un estilo de masculinidad hegemónica y que debieron enfrentar de modo sorpresivo y traumático la pérdida de una posición social preparada con coherencia y tenacidad. Las observaciones que expondremos a continuación han sido, en cambio, obtenidas de varones cuya inserción laboral ha sido débil de modo habitual. Si bien existen matices que los diferencian entre sí, ninguno de ellos puede ser considerado como perteneciente al colectivo de la masculinidad hegemónica.

Hemos establecido (Meler, 2004) una asociación directa entre la masculinidad subjetiva y el desarrollo laboral satisfactorio. Cuanto más se asemeja la subjetividad de un varón a lo esperado para su género, en cuanto al desarrollo de rasgos de carácter vinculados con el dominio, tales como el liderazgo, la audacia, la tolerancia los riesgos, la tenacidad, el apego al cumplimiento de metas, etcétera, mayores son sus logros en el ámbito laboral. Por el contrario, como dijimos, no existe un nexo comparable entre la feminidad en las mujeres y sus logros en el trabajo. Los éxitos femeninos en el ámbito laboral se relacionan con su posicionamiento subjetivo como sujetos adultos, pero no con la asunción cabal de su género asignado. Más aún, debido a que la feminidad cultural se ha vinculado con frecuencia con la dependencia emocional y social, no es raro encontrar conflictos entre los imperativos de género femenino y las aspiraciones de ascenso laboral.

Sin embargo, hemos hallado que existen varones cuya masculinidad ha sido fuertemente desarrollada, pero se trata de un estilo masculino aventurero y heroico, que no resulta apto para el ascenso social en un contexto urbano contemporáneo. Gilmore (ob.cit.) ha descrito dos estilos de masculinidad en el Japón. Uno de ellos se inscribe en la tradición aventurera característica de los samurais, mientras que el otro sirve como modelo para la vida corporativa. Ese dato etnográfico resulta útil para no realizar una asimilación apresurada entre el fracaso laboral y las tendencias psíquicas hacia la dependencia y la pasividad. En algunos de los casos esta relación no se establece de modo lineal, aunque tampoco está ausente por completo y reaparece de un modo específico en relación con la familia de alianza.

Esa es la situación de *Ariel*, un varón de origen campesino, cuyo padre trabajó como operario en una industria rural. Él migró a la ciudad en busca de nuevos horizontes y de una inserción social que le resultara más satisfactoria. Su rebelión ante el sometimiento de clase al que vio sujeto a su padre, se manifestó bajo la forma de conflictos en el ámbito del trabajo que inicialmente realizó, ocupando una posición poco calificada, con baja remuneración y escaso reconocimiento. Sus aspiraciones de ascenso fueron vehiculizadas a través de la militancia política en organizaciones de izquierda, donde logró capacitarse y ser reconocido. Su actitud ante el progreso económico fue de franco rechazo, por considerarlo un objetivo incompatible con su compromiso social. Solo más tarde advirtió que no todos sus compañeros de militancia compartían esa postura, y que algunos de ellos defendían la equidad y al mismo tiempo, cimentaban alguna clase de prosperidad personal. Su percepción acerca de la relevancia de los factores subjetivos en el destino social y económico de las personas, se expresa con claridad en lo que sigue:

“Ariel: Por ahí la crisis, más en lo personal tiene que ver con eso, con no haber previsto, no haberme preparado para hacer otras cosas.”

“(Cuando se refiere a la crisis, ¿cuando y como fue?) Ariel: Yo creo que hubo una crisis global y además me parece que hay... que hay cosas que son de uno...estee....una cosa más personal, digamos”.

Migró por motivos políticos y participó de uno de los procesos revolucionarios de América Latina. Esta trayectoria pudo haberle valido una ubicación remunerada como funcionario político, pero la desdeñó por que le suscitaba objeciones éticas.

“Ariel: En ese momento yo estaba muy metido en el partido, bueno, decido viajar y viajo. Bueno, volví y quería trabajar, me decían, ‘No; te vamos a dar un sueldo’ pero yo decía, me gustaría, me gustaría trabajar, consíganme un laburo⁴. (¿El partido lo quería rentar...?) Ariel: Claro, consíganme un trabajo, no quería ser funcionario, un poco porque veía como venía la mano y otro poco porque no me sentía un político profesional. No era un teórico...como yo veía...decía ¡yo qué voy a hacer!’ (No se sentía cómodo en ese rol...) Ariel: Entonces ahí fue que bueno, trabajé unos meses en la Autopista en el peaje, trabajé como cajero en Sancor, a la noche también, o sea estuve saltando... (O sea que usted ha tomado lo que encontraba, por decir así...) Ariel: Se ríe. (Me refiero a que nunca tuvo un proyecto de ascenso). Ariel: Es verdad, es más, yo despreciaba eso. Yo me acuerdo que un compañero de trabajo decía: ‘Yo quiero trabajar en una multinacional’. Yo creo que las crisis personales tienen que ver con eso, o sea, si yo hubiera tenido otra profesión, otra cosa hubiera sido, digamos. Pero todo lo que me pasó, me doy cuenta que tiene que ver con como, con como...uno encara. Más allá de la crisis, la globalización, la crisis del 2001 existió efectivamente, más allá de que yo sea o no un desastre, pero,... hay factores individuales”.

Posteriormente, luego de desempeñarse en diversas ocupaciones no calificadas y de un intento cooperativo de crear una fuente de trabajo con sus compañeros, intentó una carrera actuarial, en el ámbito del teatro. Es un hombre bien parecido y carismático, por lo que se está abriendo camino en ese campo, aunque está sometido a la inestabilidad que caracteriza a esa ocupación. En el curso de la entrevista expresó con claridad que considera que a él, no le gusta trabajar. Su representación acerca del trabajo se

⁴ “Laburo” es una expresión del lunfardo porteño que significa trabajo. Deriva del italiano, “lavoro”, y constituye una expresión modificada de ese término.

refiere al trabajo rutinario y agotador que realizó su padre. No considera que su desempeño como actor sea realmente un trabajo, y esa representación de su ocupación como un hobby, posiblemente hace obstáculo para su profesionalización.

En este caso vemos entonces a un varón que se ajusta al modelo de la masculinidad heroica, pero que sin embargo no se ubica en un estamento hegemónico para su género, por no compartir los códigos vigentes para prosperar en el contexto urbano contemporáneo.

Otro de los hombres estudiados, *Carlos*, ha padecido numerosos altibajos ocupacionales, que incluso implicaron la necesidad de migrar de modo reiterado. Se trata de un varón con vocación por el trabajo, que se siente cómodo en el ambiente laboral.

“Carlos: Siempre la parte de ventas fue algo que a mí me gustó mucho. Un poco por herencia, porque mi padre siempre fue vendedor y yo cuando era pequeño era algo que yo lo acompañaba a él y que a mí me gustaba. Yo me relaciono bien con la gente”.

Ha desarrollado aptitudes sociales que redundan en beneficio de su tarea, ya que el vínculo amistoso con sus clientes y proveedores ha servido en muchos casos como vehículo para sus logros y también, como red de contención. Este es un caso que en una primera aproximación, se asemeja a aquellos en que las dificultades en el trabajo pueden atribuirse de modo prioritario a la inestabilidad del contexto. Sin embargo, me ha sido posible observar dos circunstancias que abonan la hipótesis de que también existen predisposiciones subjetivas que hacen obstáculo para su desarrollo. Por un lado, manifestó una clara predilección por la situación de dependencia. Si bien ensayó trabajar por cuenta propia de modo marginal y como complemento de su actividad principal que es en relación de dependencia, lo hizo en una situación donde se sintió abandonado y mal tratado por sus patrones, que no le proveyeron insumos que su clientela demandaba. De modo que se encontró casi obligado a tomar la determinación de obtenerlos por su cuenta y ofrecerlos para la venta.

“Carlos: Una anécdota para ver porqué yo me enojé y porqué empecé con esto. Estaba faltando una tarjeta de memoria que son las que usan las camaritas adentro. Entonces le digo al hijo del dueño, que vendría a ser como el que compra, vendría a ser como el gerente...de compra y de venta. Me están pidiendo esta tarjeta, ¿cuándo vamos a tener? '¿A mí me preguntás? Y ¿a quién querés que le pregunte?, si vos sos

el dueño ¿le voy a preguntar al policía que pasa por la esquina? Me dice, 'vení mañana que te contesto'. Voy al otro día y no está. Se fue a Brasil. ¿Se fue de urgencia? ¡No si ya tenía el pasaje en la mano ayer! Entonces dije: ¡Ah, no, no solo me está perjudicando económicamente, porque yo estoy a comisión, sino que aparte de eso me está destrutando! Entonces, estee, eso me dio tanta bronca que fue la excusa como para decir: 'comienzo a hacer algo en eso' ”.

Aún así, anhela que sean los dueños de la empresa para la cual trabaja, quienes tomen a su cargo ese aspecto de su actividad o sea que en lugar de aspirar a acrecentar sus actividades independientes, desea volver a resignarlas para contar con el apoyo de una organización más poderosa que él mismo.

“Carlos: A mí me gustaría que todo lo que yo estoy haciendo, me gustaría canalizarlo a través de la empresa. O sea, todo esto que yo estoy haciendo al margen, a mí me gustaría que no fuese al margen. (¿Que la empresa misma proveyera esas cosas que usted vende por otro lado?). Carlos: De todo, de todo. Estee, para mí es un esfuerzo muy grande, tener que vender, entregar y cobrar. La parte mía, lo que hago yo, lo que a mí me gusta es vender, fundamentalmente. (Ah, preferiría que ellos le paguen a la empresa). Carlos: Sería una cosa más...como ha sido toda la vida”.

Por otra parte, al realizar el test de “Persona bajo la lluvia” ha dibujado una niña de 8 años, a quien denominó con una versión femenina de su propio nombre. Este es un desempeño que sorprende, porque, en términos generales, se espera que las personas dibujen a alguien de su mismo sexo y de una edad semejante. Él mismo pareció sorprenderse ante su dibujo. Verbalizó en relación al mismo, que en esa edad de su vida, él se sentía feliz por ser hijo único y muy querido por toda la red familiar. El nacimiento posterior de una hermana mujer, fue causa de muchos sinsabores. Ella creció como una joven con dificultades emocionales, muy dependiente y sobreprotegida por sus padres. Carlos ha sido discriminado en cuanto al acceso a los bienes familiares y a la herencia, ya que sus padres lo han percibido como capaz de valerse por sí mismo, mientras que consideran que su hermana requiere protección especial. Esta situación, además de significar una desventaja económica para él, le ha causado un gran dolor, al punto que promovió un extrañamiento de la relación con su padre, de quien se alejó hasta el día de la muerte del mismo. De modo que en algún sentido, Carlos anhela haber sido una niña, para recibir los dones amorosos y económicos que sus padres brindaron a su hermana. Vemos aquí una preferencia inconsciente por depender, que deriva tanto de la identificación con su hermana como

de la inhibición del deseo de superar a su padre. Esta situación subjetiva, si bien no le ha impedido un desarrollo laboral por momentos adecuado, ha hecho obstáculo al progreso de este hombre, quien podría, dada su capacidad, haber alcanzado una posición más ventajosa y estable.

Fernando, otro varón entrevistado para este estudio, presenta características subjetivas que oscilan entre lo que podemos considerar como dificultades para el desarrollo de una inserción laboral satisfactoria - en sus propios términos -, e intentos por crear una modalidad innovadora de ejercicio de la masculinidad.

Como muchos argentinos que se ubican en los sectores medios de la población, sus orígenes familiares han sido modestos. Sus padres realizaban actividades comerciales y los describe como muy trabajadores. La madre vive, y pese a que ya es mayor, todavía constituye un apoyo económico ocasional para él. El desempeño laboral de Fernando se ha caracterizado por su inestabilidad, situación que lo coloca de modo habitual en riesgo de desamparo. Mantiene una situación de endeudamiento crónico y cuenta con una red de amigos y con su madre, quienes hasta el momento sostienen esa situación, debido al cariño que le profesan y al hecho de que devuelve sus deudas. Su encanto personal no es ajeno a que esta red continúe sosteniéndolo. Recordemos que Winnicott (1972) considera que una cualidad que relaciona con lo que denomina “elementos femeninos puros o destilados” es la capacidad de ser deseable, lo que estimula el desarrollo de actividad por parte de los otros. Fernando cultiva un estilo de seducción juvenil que no es habitual en los varones masculinizados según el modelo hegemónico. Es un hombre de aspecto agradable, inteligente e inquieto, y manifiesta tener pasión por estudiar. Sin embargo parece no establecer una conexión entre los conocimientos que adquiere y alguna clase de profesionalización que le permita acceder a ocupaciones más calificadas y estables. Su actitud ante el estudio es omnívora: estudia lo que le interesa y lo que le resulta posible según el contexto donde se encuentre. Su estrategia laboral es frenética y errática. Cuando no tiene recursos, se agota realizando “lo que salga” o sea trabajos no calificados tales como pintar paredes, vender algo, etcétera. La característica más notoria de su desempeño laboral es la falta casi total de planificación, de consistencia. Pese a que está siempre sobre ocupado, es posible suponer que pierde mucho tiempo, por falta de organización. Para dar un ejemplo, canceló la entrevista tres veces, y luego desapareció, porque tuvo que mudarse del departamento que alquilaba, por no poder pagarlo. Finalmente lo volví a ubicar y accedió de buen grado a participar. Cuando terminamos la entrevista y se retiró, olvidó en mi consultorio su teléfono celular y debió regresar pasada una hora, para retirarlo. Esto ocurrió en un contexto donde manifestó

estar apurado y tener muchas obligaciones laborales. Esta modalidad posiblemente se repite en su trabajo, y resulta a la vez agotadora e improductiva.

En una época donde la inestabilidad de sus ingresos lo colocaba de modo habitual en situaciones de riesgo, quedó expuesto a una coyuntura económica previa a la crisis del año 2001. Ante su solicitud de ayuda, recibió una oferta de su cuñada, consistente en darle en préstamo una casa en el interior del país y sobre esa base, decidió de modo impulsivo migrar a esa localidad junto con su familia.

“Fernando: Me parece que fue un error, en el sentido de que yo no sabía lo que iba a pasar, pero... lo peor de la crisis del 2001, me la comí en Entre Ríos, que fue una provincia super castigada. Me la comí en una provincia castigada, yo con un trabajo que no era el mío habitual, me largué a cambiar de trabajo en el momento en que se vino la crisis, y a empezar de cero en un contexto que no era...en ese sentido, puedo evaluarlo como un error. En realidad lo que fui a buscar lo encontré. Fui a cambiar... a renovarme la cabeza, a cambiar mi vida, a tratar de tener un encuentro distinto con los chicos y con mi pareja”.

Ya se encontraba en crisis porque su mujer, que había sido para él un sostén, hacía un tiempo que no trabajaba. En el interior del país cambió de actividad intentando abrirse camino en lo que había sido la ocupación de su esposa, o sea como titiritero. Los resultados que en un comienzo fueron promisorios, dieron lugar a una detención casi total de la actividad debido a la crisis económica que afligió a la Argentina y castigó especialmente a las localidades del interior del país. En ese contexto, la familia padeció carencias graves, que llegaron hasta la falta de alimentos. La desesperación que esa situación generó en Fernando, estimuló que llegara a planear salir a robar. No puso en práctica esa fantasía, porque carece de la predisposición para la violencia requerida para esa actividad

“Fernando: Sí, claro, llegaba la noche y no tenía para darles de comer a los chicos. Y ya les había pedido a todos los que tenía para pedirle, mi viejo ya me había girado dinero, ya me lo había gastado. ¡Nada! Hubo semanas enteras que no entraba un peso a casa. Y además en un contexto donde no me conocían. Iba y golpeaba a los que más o menos conocía y les decía “Loco, estoy cagado de hambre ¡te pinto la casa!” Y me decían “Tengo 3 o 4 parientes que están cagados de hambre. Si tengo la plata para pintar la casa, tengo a mi hermano antes que a vos”. No me conocían a mí, ¿por qué me lo iban a dar? Yo era un conocido, no era...este...no estaba en mi contexto, así que era una cosa ¡muy, muy fuerte! Si no salí a afanar fue porque me

asusté, porque no era lo mío, porque pensé: ‘La embarro más’, pero, llegué a pensarlo”.

En esa situación de desamparo, convergieron entonces, una grave crisis del contexto, con una inserción laboral frágil e improvisada, que tal vez hubiera sido moderadamente exitosa en un entorno más favorable. Cuando Fernando evalúa ese período, declara que desde la perspectiva económica fue desastroso, pero que permitió una mejor vida familiar y favoreció la crianza de los hijos. Esa alusión a valores del privado, más frecuente en las mujeres, resulta poco creíble si tenemos en cuenta que a su regreso a la capital, el matrimonio se disolvió y mantiene con su ex mujer una relación de pareja parental que puede describirse como muy conflictiva. Es verosímil considerar que Fernando no soportó ser sostén del hogar, y que buscó una vida menos exigida y que facilitara que su mujer volviera al trabajo, o sea que colaborara en la provisión de recursos. De hecho él lo expresa de modo explícito. También optó por una actividad artística destinada a los niños, o sea por una identidad en algún sentido más “feminizada” y a la vez juvenil, que no fue viable.

Al regresar a Buenos Aires, retomó su labor como periodista, que ya había iniciado anteriormente con cierto éxito. Se ha especializado en periodismo tecnológico y económico, dos ramas masculinizadas del quehacer cultural. Desde esa inserción, obtiene la posibilidad de hacer notas que le permiten sostenerse, aunque de modo precario, en un nivel bajo y a la vez inestable. Su deseo, sin embargo, es hacer periodismo en terrenos artísticos, tales como la crítica cinematográfica. Podemos considerar que en este hombre se debaten en conflicto, tendencias acordes con una masculinidad tradicional que le hacen intentar aceptar el imperativo de ser el proveedor de la familia y deseos más acordes con lo aceptado para las mujeres, como la valorización de las relaciones de intimidad y los gustos por lo artístico. Este es el caso en el cual es más borroso el límite entre las dificultades personales y los intentos innovadores por construir nuevos modelos de masculinidad, como se verá en los siguientes acápite.

Pedro es un hombre cuyas aspiraciones vocacionales nunca coincidieron con la ocupación que desempeñaba. Quedó huérfano de padre en su adolescencia y debió cooperar para el sostén del hogar. No fue un hijo parentalizado, porque tenía un hermano mayor, que se hizo cargo de suplir al padre en lo que le fue posible. De modo que debió orientarse para su ingreso en la vida adulta, teniendo solo a su madre y a su hermano como modelos. La madre le consiguió un trabajo administrativo, donde se desempeñó durante largos años. Sus ingresos eran bajos y la jornada breve, lo que le

permitió desarrollar intereses más acordes con su vocación de actor. Explica su amor por la actuación diciendo que es una actividad que siempre ha tenido para él algo mágico.

“Pedro: A mí en el colegio no me gustaba actuar en los actos, pero a la vez me...me despertaba un fuerte deseo, una fuerte atracción, me parecía que la imposibilidad tenía que ver con eso... (¿?)P: Claro, y el espacio teatral, el teatro me parecía como una cosa así, mágica, me atraía mucho siempre la cosa de imágenes ¿no? Cine, TV, y... y empecé a estudiar y me apasionó, sí, sí”.

Realizó estudios de actuación y en su transcurso, uno de sus maestros lo inició en la astrología, tarea para la cual también cursó una formación en un instituto terciario.

“Así que...bueno, después conocí, a partir de un maestro de teatro, la cuestión de la Astrología, tenía un profesor, A. F., que hablaba, hablaba mucho de la astrología, interpretaba a Shakespeare desde claves astrológicas, y me...dio mucha curiosidad, me hizo una carta natal, y me...también, en ese momento fue así como una pasión”.

En la actualidad, merced a apoyos familiares con los que cuenta, se atrevió a renunciar a su trabajo habitual, en relación de dependencia, y apostar a sostenerse como actor y como astrólogo. Esta situación inestable en cuanto al trabajo y a los ingresos que obtiene, se prolonga en el tiempo, lo que le produce una gran angustia. Sus dos ocupaciones están lejos de ser trabajos socialmente convalidados y reconocidos como ocupaciones legítimas. Él es consciente de esta situación, e incluso ha expresado que solo cuando adquirió alguna visibilidad como actor, se sintió más autorizado para promover sus servicios astrológicos, confeccionando cartas natales, dado el descrédito con que generalmente se considera ese tipo de actividad. Desde una perspectiva enfocada sobre la subjetividad, podemos considerar que existe una preferencia por seducir e impresionar a los semejantes, creando efectos sugestivos que den una imagen poderosa y sabia de sí mismo, o en otros casos, seductora y atractiva. Esta actitud implica, según pienso, un apego a recursos infantiles basados en la omnipotencia de la fantasía. Algunas personas logran sin embargo, el consenso suficiente como para transformar ese tipo de actividades en fuentes de trabajo estable y en algunos casos, muy reconocido. Seguramente se requiere combinar el deseo de seducir e impresionar, con otros recursos intersubjetivos, tales como la capacidad de realizar contactos para establecer redes sociales, el talento, la tenacidad, una retórica consistente, etcétera, que habrá que ver si Pedro es capaz de desplegar. En este

caso, el camino hacia la precariedad laboral se ha construido a través de una masculinidad que conserva muchos aspectos no resignados de las aspiraciones infantiles. Esta omnipotencia fantaseada se apoya sin embargo, en el sustento obtenido por parte de una red familiar cuyos recursos usufructúa.

Del análisis de estos casos se desprende la importancia de la diversidad de las rutas por las que atraviesan los sujetos para construir su masculinidad adulta. Cuando, como ocurre en estos sujetos, la inserción laboral es precaria, esa precariedad es el resultado de una biografía en la cual las aspiraciones omnipotentes de origen infantil y los deseos de depender de modo pasivo y recibir dones de los demás, han sido menos reprimidas de lo que se observa generalmente en varones que obtienen éxitos en el ámbito del trabajo.

C-) Relación con los padres. La tensión entre las demandas pasivas y la aceptación del imperativo del trabajo

La relación de los varones con su padre, o con algún otro hombre que desempeñe un rol paternal, ha sido destacada por numerosos autores (Benjamin, 1996; Meler, 2000), como una situación necesaria para la construcción de una subjetividad masculina acorde con lo esperado para un hombre por parte del entorno social. El hecho de que esas expectativas han sido objeto de objeciones críticas por parte de los estudios con orientación en género, no implica desconocer su enorme influencia en el psiquismo de los sujetos y el sufrimiento que padecen aquellos varones que no logran satisfacerlas. Muy distinta es la situación de aquellos que se han demostrado capaces de responder a esos criterios de masculinidad, y que, de modo voluntario eligen reformularlos en busca de establecer vínculos más democráticos con las mujeres. Ellos eligen ser diferentes, pero está claro para todos que no ha sido porque no pueden alcanzar el nivel de asertividad esperado para un hombre. En el estudio antes citado sobre "Género, trabajo y familia" (ver Meler, 2004), fue posible apreciar la forma en que aquellos varones que habían sido hijos menores de familias numerosas y que se habían visto alejados de sus padres, ya sea porque estos no les prestaron atención o porque habían fallecido, enfrentaron carencias en cuanto a modelos de identificación con la masculinidad. Estas carencias se tradujeron en obstáculos para el desarrollo de sus carreras laborales, que enfrentaron con mayor o menor éxito, según el caso. En otro de los casos estudiados, encontramos un varón con dificultades para trabajar, cuyo padre había manifestado expectativas con respecto de sus hijos que cruzaban las habituales representaciones acerca de la femineidad y de la masculinidad. En efecto, el padre había estimulado el desarrollo laboral de la hija y alentado, en cambio,

la satisfacción de los deseos vocacionales no productivos económicamente, en su hijo varón. Es posible que en esa ocasión que hayan existido en el padre deseos de cruzar géneros, que no se refieren de modo forzoso a la sexualidad, sino que se vinculan con la auto conservación. Según relató el entrevistado, el padre pagó su acatamiento al imperativo del trabajo con una muerte prematura.

La rebeldía frente al padre también apareció como un factor que influyó en la precariedad ocupacional de otro de los sujetos participantes de esa investigación. Su intensa rebelión adolescente le impidió completar los estudios, no quedándole otro recurso que realizar una ocupación de baja calificación y escasamente remunerada.

En los casos que se analizan para este estudio observamos diversos grados de conflicto con respecto de la imagen del padre.

Fernando ha manifestado de modo explícito su negativa a tomar al padre como modelo.

“Fernando: Sí, empecé a darme cuenta que el modelo de pareja de mis viejos, no lo quería para mí. En la adolescencia, cuando uno empieza a poner en crisis el mundo de sus viejos, bueno, esa pareja yo no la quería para mí. Este...y.....no sé si se lo dije a mi viejo, supongo que no. Yo con mi viejo no tenía mucha opción de diálogo. Yo me construí a mí mismo, en lo que soy hoy, diferenciándome de mi viejo. Esto le pasó a todo el mundo, pero para mí fue muy claro. Estos roles que asumía él, no era una cosa, no autoritaria, porque no me pegó nunca, gritaba muy poco, pero...su palabra era inapelable”.

La actitud patriarcal de su progenitor generó en él el más vivo rechazo, pese a que no refiere que hayan surgido conflictos en la pareja conyugal por ese motivo. Le irritaba especialmente que, pese a que la madre siempre trabajó fuera del hogar, el padre no colaboraba en las tareas domésticas. Dado que el hogar contrataba a una empleada doméstica para realizar la limpieza una vez a la semana, la situación de la madre no parece haber sido especialmente aflitiva. Es por eso que supongo que son los relictos de una situación edípica insuficientemente tramitada, los que han hecho obstáculo para que Fernando se adueñara de su patrimonio identificador tomando como modelo al hombre adulto de su familia de origen. Su matrimonio con una mujer que ya era madre, varios años mayor que él, abona esta hipótesis de una fijación al amor a su madre y un resentimiento hacia el padre por motivos relacionados con la rivalidad. Como vimos, osciló en el ámbito del trabajo entre una aceptación compulsiva e ineficaz del imperativo masculino moderno de ser el principal proveedor del hogar y una rebeldía ante el mismo, posición desde la que reclamaba el concurso laboral de su

esposa. Mantiene todavía una relación donde reclama y obtiene dones económicos de su madre, o sea que existe en él un apego no resuelto hacia una madre nutricia, junto con un deseo no renunciado respecto de una madre edípica. Sus alusiones a que “se comió” la crisis, aluden a que también existe una corriente de deseo homoerótico, ya que en Buenos Aires, “comérsela” es una imagen alusiva a la pasividad homosexual masculina.

Ariel, otro de los varones entrevistados, encontró en su padre un modelo masculino adecuado a su época y lugar. Sin embargo, la modalidad laboral subordinada del padre, en un contexto de explotación, lo dejaba sin horizontes para el ascenso. Por lo tanto, el rol de trabajador quedó asociado en su imaginario a un rol sacrificado y servil, del que intentó sustraerse a través de la creación de una masculinidad heroica y aventurera, donde el dominio fuera ejercido mediante el liderazgo ideológico o de un uso convalidado de la violencia en un contexto revolucionario. En las filas del partido político en el cual militó, buscó modelos de una masculinidad más prestigiosa y también utilizó un recurso frecuente entre los varones, que consiste en suplementar mediante la grupalidad homosocial, los modelos identificatorios faltantes. Este varón de estilo heroico no carece sin embargo de deseos vinculados con la dependencia pasiva. En su suegro ha encontrado un padre nutricio (Maldavsky, 2000), de quien espera y recibe suministros materiales, o sea dones concretos en lugar de palabras y modelos que habiliten su propio crecimiento. Estos deseos vinculados con la dependencia suelen ser reprimidos de modo más estricto en varones que construyen una masculinidad hegemónica.

Pedro, por su parte, se encuentra en una situación similar respecto de la familia de alianza, de la que usufructúa dones económicos tales como la casa en que viven, el auto, el lugar de vacaciones etcétera. Él quedó algo excluido de las identificaciones con su padre, porque lo perdió tempranamente y por ser el segundo hijo, más alejado de un vínculo inmediato como el que existió entre su padre y su hermano mayor.

“Pedro: Mi hermano me hacía tomar más conciencia de cual era la realidad, digamos, yo también, vivía como prendido a la pollera de mi mamá, o apoyándome mucho en mi hermano, que tomó un rol más paternal también, más de padre, así que así fue, así se desarrollaron los hechos”.

Es posible que la elección de pareja incluyera entre sus motivaciones no conscientes, la de adquirir una familia política poderosa, que lo ayudara donándole bienes materiales. He encontrado esta constelación subjetiva en varones que experimentaron carencias de diversa índole en su relación identificatoria con los padres (Meler, 2004)

“Pedro: Nunca gané demasiado dinero yo. En el hospital tenía un sueldo que nos alcanzaba hasta ahí, eh... pero nunca tuve... nosotros estábamos acostumbrados a cierto nivel de dinero... tampoco ambicionábamos demasiado, por supuesto nos gustaría algo más, pero no trae crisis. Siempre estuvimos muy ayudados por la familia de mi mujer cuando nos faltaba. (¿La casa de donde vino?) P: Ríe. Es un regalo. Digamos, antes de que fallezca mi suegro, hubo una herencia anterior y nos..., le compraron esta casa a mi mujer. Un PH⁵ y un coche también y eso también nos da cierta tranquilidad siempre, consciente e inconsciente, pero un cierto... piso de estabilidad, por eso podemos apostar a esta forma, si no, no hubiéramos podido. I: Claro porque solo tiene que ganar para vivir, pero la vivienda... P: Sí, con la suerte de que sea nuestro. Nunca alquilamos. (La familia de ella ¿está bien?) P: Está bien, siempre estuvo bien, los hermanos están muy bien, la madre está bien, económicamente, así que son muy generosos, muy desprendidos con ella y con nosotros, siempre están ocupados en ayudarnos. Son parte también de la apuesta en esta decisión. La apuesta a la independencia. Si no, no podríamos hacerlo”.

Carlos, como vimos, ha utilizado de modo eficaz a su padre como modelo. Se inició en el trabajo junto con el mismo, a quien describe como un hombre muy dedicado a su tarea, y que tenía comparativamente, más investido el ámbito del trabajo que la esfera familiar.

“Carlos: Mi padre fue un adelantado en eso. Él interpretó, ya en el año sesenta que el servicio era fundamental en el tema de ventas, en cualquier tipo de ventas. Después trabajamos juntos. Yo comencé a trabajar con él desde los 15, 16 años yo quise, pese a que no había terminado el secundario, empecé a trabajar medio día con él en la empresa donde él estaba. A trabajar de otra cosa, de cadete, de cadete a empleado, de ahí pasé a ser cobrador y un día empecé a ser vendedor”.

El padre valoraba de modo muy especial la sociabilidad masculina, al punto de haber expresado que los mejores momentos de su vida los pasó entre hombres. Carlos se ha masculinizado entonces de un modo inicialmente adecuado con el modelo hegemónico, pero el sometimiento que advirtió en su padre con respecto de las exigencias económicas de su madre y de su hermana, lo alejaron de él, arruinando un vínculo que fue inicialmente positivo. El padre donador de un modelo de masculinidad

⁵ PH es una expresión argentina que se refiere a una vivienda ubicada en el piso superior de lo que originariamente fue una gran vivienda unitaria, subdividida y reciclada de ese modo.

cambió de signo, pasando a ser percibido como un hombre sometido y derrotado, entregado a la voluntad de las mujeres, aún a costa de desposeer a su hijo varón. Esta circunstancia ha estimulado la reviviscencia en Carlos de deseos pasivos, referidos a una donación de bienes por parte del padre, que habían sido inicialmente reprimidos con eficacia. Como vimos, la preferencia por la relación de dependencia en el trabajo, expresa este aspecto del vínculo con el padre y en ese sentido, contribuye a construir un techo para su desarrollo laboral.

D -) El rol de las esposas

Competitiva y despreciativa en el caso de Carlos, sostenedora y luego dependiente para Fernando, donadoras de franco apoyo económico en los casos de Ariel y de Pedro, el rol de las esposas en el desarrollo laboral de estos varones siempre ha sido de gran importancia.

Carlos, es el varón más cercano a un modelo de masculinidad hegemónica, la que no logra establecer de modo total debido al obstáculo que genera la reactivación de sus deseos de depender. Su esposa se desempeñó, en los primeros tiempos del matrimonio, en un rol complementario en el aspecto económico, hasta que obtuvo un trabajo que modificó su situación laboral de modo notable. Pasó a ser compradora de indumentaria para una gran firma, y, además de incrementar sus ingresos de modo considerable, entró en contacto con un entorno más sofisticado. Este ascenso laboral desequilibró las relaciones de poder al interior de la pareja conyugal y reveló de qué modo, el deseo de muchas mujeres hacia los hombres se alimenta de las necesidades que ellos satisfacen y de la idealización acerca de sus capacidades en el ámbito público.

“Carlos: No, la cuestión fue, cuando los chicos empezaron a tener más o menos una edad que podían tener cierta independencia, estamos hablando de 10, 11 años, estee...mi mujer me planteó de comenzar a trabajar, hacer unas cosas, comenzó a hacer algo con su hermana, vender en el departamento, ropa, artículos de cuero. Y un día fue a vender a una empresa y en la empresa le dijeron ‘No le vamos a comprar nada, la vamos a contratar para que usted trabaje para nosotros’. La contrataron para manejar la parte de compras. Y tuvo un éxito bárbaro. Porque el hombre que estaba anteriormente,..., no hay nadie mejor que una mujer comprando y no hay nada más difícil que venderle a una mujer. Las mujeres comprando son, es terrible..., era un tipo que encima estaba prendido en cometas, esas cosas. Entonces ella reduce en poco tiempo, los costos a la mitad. Con lo cual le aumentaron el salario al doble. Entonces

fue un momento donde ella ganaba casi lo mismo que yo. Y ahí empezó la debacle. Yo tengo una teoría, es que el hombre está educado, en una sociedad machista, donde trabajamos y nuestro dinero es para la familia. La mujer, el dinero que gana es para ella. Entonces, comenzó que lo nuestro lo repartíamos y lo de ella no. Me dice: 'Voy a hacerle una extensión de tarjeta a mis padres porque están jubilados y tengo miedo de que no lleguen a fin de mes',- excelentísimas personas, para nada abusivas. '¿Cuál es tu idea?' 'Y, tengo miedo que si no llegan, por lo menos tengan para ir a llenar el chango en el supermercado'. Yo le digo, 'Bueno, voy a ver en American Express, qué tenemos que hacer para sacar la tarjeta'. 'No, no, acá está la tarjeta, ya la saqué'. 'Ah pero ¿vos me estás consultando o me estás informando?' 'Y bueno, pero si yo la gano'. 'Sí, yo también la gano, pero yo a mis padres no les paso nada'. Un día fue y se compró un auto I: ¿Sin avisar? J: Sin avisar, apareció con un 147. Y un día vine de una gira y me habían tirado el porch abajo y había un albañil trabajando y le digo al tipo ¿qué hace? Y el tipo me dice, 'lo que me dijo su mujer' Entonces uno queda pagando. Cuando le digo, me dice, '¿No queda hermoso?' No importa si queda hermoso o no queda hermoso. Acá vivimos los dos. Empezamos a tener... (¿Como que ella lo empezó a ningunear?)⁶. J: Empezó a tener como un cambio de personalidad. Hacía compras de US 100.000 en ese momento, en empresas muy poderosas y empezó a perder el contacto con la realidad. Yo le decía que el ambiente de la moda es como una burbuja. Lo importante es tenerlo claro que eso es una burbuja. Uno se mete dentro de la nube y piensa que eso es la realidad. Creo que eso es lo que le pasó, empezó a competir, mi mujer siempre estuvo bien físicamente, pero empezó a vestir con ropa de cuero..."

Como se ve, una vez que tuvo acceso al dinero y al prestigio, la esposa de Carlos fue dejando de desearlo. Comenzó a tomar decisiones unilaterales, sin darle participación, que lo hacían sentir excluido y desvalorizado. Finalmente lo abandonó para mantener una relación con otro hombre. Es posible suponer que no pudo modificar un "guión erótico" donde la dominancia del varón le resulta un ingrediente indispensable para el despliegue de su deseo. En este caso, la sexualidad se nutría de fuentes derivadas de otras motivaciones, vinculadas con la auto conservación (y la de los hijos) y el narcisismo (Bleichmar, H, 1997), en tanto Carlos resultaba para su mujer un compañero del que podía sentirse orgullosa. Una vez que su propio ascenso laboral contribuyó a desvalorizarlo, la atracción amorosa se fue perdiendo hasta extinguirse.

⁶ Ningunear es una expresión coloquial que significa disminuir, ignorar a alguien.

En sus parejas posteriores a la disolución del matrimonio, Carlos intentó en algún sentido usufructuar sus privilegios patriarcales, entablando relaciones con mujeres más jóvenes. Pero si bien su autoestima se reparaba mediante ese recurso, se deduce de la entrevista que él busca en las mujeres un vínculo intersubjetivo recíproco. Esto lo ha llevado a elegir mujeres con cierto desarrollo intelectual, cualidad que le resulta muy atractiva, posiblemente porque representa deseos que él no ha desplegado de modo suficiente en su propia vida. Sin embargo, las relaciones se agotan, por que el deseo erótico se extingue. En este caso resultan muy visibles los avatares amorosos propios de un período de transición en lo que hace a los roles de género. El deseo erótico está todavía estructurado en torno de relaciones de dominación, y la búsqueda de alternativas con respecto de ese estilo vincular, resulta dificultosa.

En el caso de Fernando, la relación conyugal se estableció tempranamente en su vida, con una mujer varios años mayor y que ya era madre de un hijo. Él recuerda con afecto y reconocimiento, la ayuda que su mujer le brindó durante un período en el cual atravesó por dificultades laborales, cuando trabajaba como auxiliar de plomería secundando a un cuñado que no le pagaba. Ante esa situación, su esposa lo alentó para dejar ese trabajo y conseguir otro. Ella se hizo cargo de sostener económicamente el hogar durante esa transición. La función de iniciadora que la mujer desempeñó en un comienzo, tanto en el aspecto sexual como en el laboral, fue cambiando a medida que transcurría el tiempo. Es posible suponer que el nacimiento de Sofía, la hija de Fernando, estimuló que la esposa se retrajera del trabajo remunerado.

“Fernando: La crisis fue el disparador. La crisis económica fue el disparador de la crisis personal y matrimonial que tuve. Ya venía solapada. Mal que mal, empecé a hacer una revisión de todo y bueno, tenía una insatisfacción muy fuerte. En un matrimonio que yo estaba a la par de ella, que yo cocinaba, que no hubiera roles asignados, la verdad es que yo era el encargado de llevar el pan a la casa. Esta cosa tradicional estuvo, yo la sentí y no es porque yo fuera paranoico, digo, te estoy contando que nos fuimos, y que yo me volví a Buenos Aires y los traje a todos de vuelta, digo...dependía de mí, el ser el motor económico de esa casa. (Claro, como un acuerdo tácito. Ella, hacía lo que podía pero no era sostén del hogar). R: Totalmente. De hecho, esto fue una cosa que a mí se me pasó de costado. Hubo unas discusiones, unas muy fuertes discusiones sobre el tema éste, ¿no? “Cuando nos vinimos a Entre Ríos, vos no estabas trabajando en Buenos Aires, ahora, vos estás haciendo lo que podés” Esta discusión sobre qué rol tenía ella. El tema económico en la casa lo tenía yo. Sin embargo, a mí, la profundidad de eso, se me escapó, hasta que me separé. O sea, se

me escapó completamente, o sea, yo podía debatirlo, pero, ¡qué cosa, tener una familia, en la que yo trato de asumir el rol progresista de no ser el macho de la casa en las cosas jodidas, pero en la parte económica sigo siéndolo ... (Retrospectivamente podés decir que a vos, ese arreglo, no te gustaba). R: No, no I: ¡Mal negocio! (risas) R: Claro, resigné toda la parte del machista, ese que se sienta, “Voy, vengo de trabajar, me siento en la mesa y vos hacé la comida”, lo resigné, yo llegaba a las 10 de la noche y por ahí tenía que resolver qué se comía, ya no si cocinaba o no, yo resolvía qué se comía y por ahí tenía que ir a comprarlo. El último año antes de irnos, ella, nada. De hecho lo que hizo fue una cantidad de tareas que de tipo gremial entre los titiriteros. Yo se lo facturaba, le decía, bueno pero nada (¿Era como que estaba en una parálisis?) R: Realmente no puedo explicar qué era lo que pasaba y realmente, me parece que ahí está el origen de que yo la empecé a mirar con otros ojos”.

“Fernando: Sí, fue una apuesta a cambiar la relación entre nosotros. Había una crisis soterrada que yo no terminaba de ver acá y cuando dije, “Cambiemos de modelo de pareja, cambiemos de laburo, laburemos juntos, con esto de titiriteros, laburemos juntos, había como una cosa así, no consciente de pensar, rediluyamos este rol que tengo de macho de vuelta. (¿Vos apostaste a una ocupación que era de ella, a ver si entre los dos, lograban que ella participara?) Fernando: Y no fue que no participó ¿sí? No fue que no participó. Ese esquema económico no funcionó, entonces yo tuve que salir a hacer otras cosas”.

Al transformarse su esposa en una carga económica, él no soportó esa situación y eso desencadenó el divorcio. En la actualidad este entrevistado mantiene relaciones no comprometidas con varias mujeres y no desea constituir otra pareja. Parece evidente que no soporta las obligaciones económicas, aunque se hace cargo en todo lo que puede de las ya contraídas con respecto de su hija. Fernando inició su matrimonio en una condición filial, tal vez como un hijo mayor de su mujer, y fue realizando intentos de asumir un rol adulto que incluyera la provisión económica. Estos intentos le resultaron sin embargo, abrumadores. Aspira a relaciones de paridad, no se sabe en qué medida por motivos ideológicos y en cuanto por causa de sus dificultades para hacerse cargo de generar recursos.

Las situaciones conyugales de Ariel y de Pedro son semejantes. Ambos son varones que generan escasos recursos económicos y cuyas ocupaciones son inestables. Las esposas no han desarrollado una gran autonomía económica y laboral a título personal, pero ambas son hijas de familias de buen nivel económico social. Estas parejas reciben entonces aportes muy significativos por parte de las familias de las esposas. La rebeldía ante la integración en el sistema, que es muy manifiesta en el

caso de Ariel, pero que también se observa en Pedro, es entonces subvencionada por los varones de las familias de las esposas, cuya actitud de aceptación del trabajo en las condiciones existentes, les ha permitido prosperar y acumular recursos. Esta situación es percibida oscuramente por ambos, y entrando en la mitad de sus vidas, comienzan a revisar sus actitudes de rechazo a la integración y al progreso económico.

Ariel: “Yo concebía así la vida de la pareja, digamos... somos una yunta banquémonos, me parecía que discutir, hasta que vino Rocío, discutir por algunas cosas como dinero, la luz o el teléfono, eran boludeces⁷ digamos. Los dos teníamos cierta postura política ideológica que puede ser más boluda o menos boluda, pero eso...era secundario. Hasta que vino Rocío, donde no es secundario, luz o agua o comida. (Claro, porque plantea exigencias...) Ariel: Exigencias concretas. Pero todo lo demás yo lo planteaba como una postura ideológica ante la vida. No quiero discutir con mi pareja de dinero”.

La mujer de Ariel, una hija que se había alejado inicialmente de los ideales del padre para abrazar causas políticas y seguir sus inclinaciones artísticas, en este momento trata de salvaguardar su herencia, antes descuidada, para realizar algún emprendimiento productivo.

Ariel: “En un momento dado, por una concepción militante, no apreciábamos tener propiedades y eso. Pero en un momento dado nos fuimos dando cuenta que era una picardía dejar que se perdieran bueno, si algún día este galpón fuera escuela, del Estado, todo bien, pero en realidad se lo quedan los abogados, y entonces a partir de ahí Ana... lba a perder un galpón por una deuda de 30.000 \$, un galpón que vale X dólares y entonces se pudo salvar eso, Ana está pensando vender una propiedad para pagar algunas cosas...dejó abandonado en un momento y se morfó⁸ algunos juicios por no... ¡por no atender! Vencieron plazos y cosas... Y como era muy poderoso en su momento...”.

La esposa de Pedro está cursando un postgrado para atreverse a ejercer su profesión, que postergó durante largos años por no sentirse calificada. El postgrado es subvencionado por un hermano de ella, es decir que su familia la ayuda en un

⁷ Estupideces

⁸ Debió soportar, afrontar. “Morfar” significa en el lunfardo porteño comer, pero se utiliza también como soportar, aguantar.

proyecto de crecimiento interferido por inhibiciones y por una baja estima de sí. En este período ambos cónyuges comparten la transición hacia actividades independientes, y este paso, que implicó abandonar sus ocupaciones estables, implica riesgos considerables. La pareja de Pedro estuvo a punto de disolverse cuando él atravesó una severa crisis personal, donde no se sentía satisfecho con lo que hacía ni capaz de emprender otros caminos en el trabajo.

“Pedro: Sí, yo estaba harto de mí, de la vida que llevaba del hospital, y creo que se traducían mucho también en casa esa historia. Como te digo, puse en juego todo, el trabajo, la pareja, todo, ¿no? El hecho de poder imaginarme yéndome de casa, dejar a los chicos, que era desgarrador, así que fue, a todo nivel. (Porque ¿tu fantasía era irte?) Pedro: Sí, la fantasía era esto que te decía de muy baja autoestima, la imposibilidad de yo poder sostener todo ¿no?, sentía que no podía. De todo, sentía que estaba oprimido, entonces no podía y no iba a poder desarrollarme como quería... entonces, sí, tenía que ver con todo esto. Muy inseguro, muy insatisfecho, sí”.

Su mujer sostuvo el vínculo, y habrá que ver si continúa en esa posición una vez que ella obtenga un desarrollo laboral largamente postergado (Meler, 1994). Habría que explorar en casos como este, en qué medida la esposa detiene su crecimiento personal para sostener la dominación masculina, que aunque persista en un grado mínimo, todavía es considerada por muchas parejas como necesaria para la estabilidad de la relación.

E-) El trabajo doméstico y las tareas de crianza

En estos varones cuya inserción laboral es débil, se observa una notable tendencia a compartir el trabajo doméstico y sobre todo, la crianza de los hijos.

Carlos, el entrevistado cuyo desempeño laboral ha sido comparativamente más exitoso, es quien menos compartió las tareas domésticas y de crianza. Sin embargo, cooperaba en los trabajos característicos de los hombres, tales como el asado de los domingos, compras, etcétera, y no se plantearon conflictos al respecto, debido a que contaban con una auxiliar doméstica. Cuando su esposa comenzó a dedicar mucho tiempo a su nuevo trabajo, él reclamaba que se ocupara más de los hijos, con lo que se hace evidente que existió en ese matrimonio una división sexual del trabajo de un estilo transicional (Meler, 1994).

“Carlos: Yo ayudaba, yo cortaba el pasto, cuidaba el parque, hacía los asados. Los domingos generalmente cocinaba yo, ya sea los asados o comida elaborada”. (...) Y empezó a tener cada vez más compromisos, y yo le decía, mirá que los chicos son grandecitos, pero yo no quiero que estén con la señora todo el tiempo. Ella me dijo, ‘yo gano US 3000’, sí y qué tiene que ver, yo gano 5000 US. Ganamos 8 y nuestros hijos están todo el tiempo con la señora que se come las eses⁹, no, pará. Van a un colegio privado y resulta que tiene una incongruencia”.

En la actualidad se maneja en su existencia cotidiana con eficacia y sin problemas. Vive solo, y compra en el mercado servicios tales como comida elaborada, siguiendo en este aspecto una estrategia tradicionalmente masculina. Sus hijos ya son adultos, y cultiva la relación con ellos con independencia del vínculo conyugal, ya disuelto.

Ariel, presentó dificultades para concertar el horario de la entrevista, que estaban relacionadas con los horarios de clase de su hija. Como su trabajo actoral no le demanda jornadas prolongadas, él es quien se ocupa de llevarla y retirarla del colegio. Se refiere a esas obligaciones con un cierto orgullo, destacando su valor, en un estilo que ha sido más frecuente observar entre las mujeres amas de casa, que buscaban reconocimiento para tareas que, aunque son indispensables, resultan desvalorizadas (Larguía y Dumoulin, 1988).

Pedro relata que ha sido totalmente capaz de hacerse cargo del hogar durante un viaje que realizó su mujer. En la vida cotidiana, comparte de modo casi paritario las tareas domésticas y la crianza. Ella retiene para sí un rol gerencial del hogar, y es quien tiene en mente la dinámica cotidiana. También es más experta en el lavado y planchado de la ropa, de modo que cuando viajó, la empleada doméstica concurre una vez más en la semana para lograr que la casa funcionara como es habitual. De modo que la paridad si no es total, se acerca bastante a ese modelo, cosa que se entiende en función de la escasez de los aportes económicos de Pedro, tanto en lo que hace a la vida cotidiana como a la infraestructura que sostiene la vida familiar. Se ocupa de los dos hijos en un estilo diferente del que desarrolla la madre, aspecto en el que coincide con Ariel, quien se describe como “algo más bruto”, o sea con un ejercicio más franco del poder.

Fernando sostiene un sistema de crianza compartida de su hija Rocío, quien pasa en su casa cuatro días una semana y tres días la siguiente. Recordemos que cuando la familia estaba unida, en los últimos tiempos su esposa había desertado de todos sus roles. Él regresaba tarde de trabajar y no solo no había comida preparada sino que

⁹ La falta de pronunciación de la letra s al final de las palabras es frecuente entre los sectores populares y es considerada como una carencia de distinción.

tampoco estaba comprada ni se había decidido qué cocinar. En esas ocasiones, él salía a comprar y luego cocinaba para todos. Se entiende que se sintiera sobrecargado si el contrato conyugal funcionaba en las condiciones que describe.

En síntesis, es posible observar una relación estrecha entre el desempeño en el trabajo extra doméstico y la asunción de las tareas domésticas y parentales. Estos varones, cuya inserción laboral remunerada ha sido débil y fluctuante, son democráticos al interior del hogar. Es posible que consideren que deben realizar aportes en trabajo no pago, ya que sus logros económicos son escasos e inestables. Las manifestaciones ideológicas parecen concebidas para dar racionalidad “a posteriori” a esos arreglos establecidos.

F - Interpretación de las tendencias observadas. El debate entre las categorías teóricas de sexualidad e identidad.

En varios de los casos estudiados, se observan rasgos de carácter y actitudes que se encuentran entre las mujeres con mayor frecuencia. Una visión psicoanalítica tradicional, podría favorecer la inferencia de deseos de cruzar géneros en estos casos. Efectivamente estos deseos existen en alguna medida, pero que no deben remitirse en primera instancia a la sexualidad genital. O sea que la preferencia por ocupar alguna posición feminizada no implica una identificación con la madre como compañera erótica del padre, sino que lo que se pone en juego son deseos vinculados con la auto conservación. Una viñeta clínica obtenida en el análisis de un niño varón servirá para ilustrar esta postura.

Diego (7 años) en una ocasión relató con pesar que, cuando ingresó al Jardín de Infantes, lloraba porque añoraba a su madre. Sus compañeros, para humillarlo, le decían que parecía una nenita. Algunas sesiones más adelante, expresó. “A mí me gustaría ser una nenita, ¡qué hay!. Total, las tratan bien, les hacen favores...” Para tranquilidad de padres y maestros, al poco tiempo arengaba a sus muñecos gritando con voz marcial: “¡Construyan ese barco rápido! ¡O acaso son nenitas!”.

En este niño, el deseo de ser mujer se asociaba con la posibilidad de poder expresar la vulnerabilidad, el apego hacia la madre y la necesidad de protección. El imaginario colectivo operó como una instancia de masculinización, y aceptó, aunque con dolor, el precio a pagar para pertenecer al género dominante.

En los varones estudiados en esta ocasión, los deseos vinculados al anhelo de recibir dones por parte de figuras que los protejan, expresan un apego a la posición infantil, así como el sufrimiento por el que atraviesan todos los varones para asemejarse al modelo dominante. Algunos lo logran con mayor éxito, pero en otros casos la

dependencia infantil no resignada hace obstáculo para el desarrollo laboral en la competitiva sociedad tardo capitalista. David Gilmore (ob.cit.), ilustra esta situación mediante el mito de la mujer tapir: Un niño se encuentra con la mujer tapir, personaje mítico que aloja su brazo derecho dentro de su ano, y lo lleva consigo. Durante un largo tiempo le ofrece toda clase de manjares sin que él deba esforzarse. Cuando el niño decide liberarse y retira el brazo del interior del ano de la mujer tapir, encuentra con horror que su brazo se ha atrofiado. Gilmore considera que este mito se refiere a que la provisión es una de las características de la masculinidad social. La excesiva protección, la indulgencia con los deseos pasivos, conspira contra la construcción de un estilo caracterológico compatible con la masculinidad dominante. El alivio de los rigores de la existencia se paga entonces, con un sentimiento de indignidad.

Una situación similar es igualmente válida en el caso de las mujeres, en las que una protección excesiva también puede inhibir el desarrollo de autonomía necesario para desempeñar roles sociales adultos. Pero los efectos intersubjetivos son menos dañinos, porque aún hoy, se admite más que las mujeres dependan en alguna medida de los compañeros o de otros parientes. Para muchas mujeres el trabajo remunerado todavía es percibido como una opción, no como un imperativo inapelable. Estos son los remanentes de la división sexual del trabajo propia de la modernidad, cuyas improntas en el psiquismo son perdurables.

De modo que no debemos apresurarnos a referir de modo rutinario la pasividad laboral de algunos varones, a una corriente psíquica homosexual. En algunos casos puede ser así, pero no es lo más habitual. Por el contrario, la elección homosexual de objeto en algunos casos se debe a un sentimiento de insuficiencia para asumir el rol masculino adulto, o sea que la relación puede ser inversa. La sexualidad aquí se ve desplazada del lugar de ser una causa última de la conducta, y se transforma en un efecto de otras motivaciones conflictivas. Margaret Mead cuando estudió a los *berdache*, indígenas travestidos de modo ritual, que integraban la confederación séneca, expresó como hipótesis que esta opción vital podría constituir un desenlace de las dificultades de algunos varones para asumir el rol de guerreros (Meler, 2000). En estos casos, el motor último se encuentra en la auto conservación, y la opción sexual es un vehículo que habilita al sujeto para recibir la protección anhelada. Una observación convergente con la anterior se encuentra en Judith Butler (1993), cuando al estudiar los travestidos mulatos que aparecen en una obra literaria, sugiere que la elección de disfrazarse de mujeres blancas, no expresaría principalmente un deseo homoerótico, sino un deseo de recibir dones económicos por parte de los varones blancos dominantes.

En el caso de varones heterosexuales cuyo desarrollo laboral es precario de modo habitual y no coyuntural, los deseos de cruzar géneros se referirían en principio a motivaciones vinculadas con la auto conservación, con el deseo de gozar de una existencia más protegida, de no ser los responsables únicos o principales de la provisión económica del grupo familiar. También aparecen deseos de realizar actividades más placenteras, escogidas en función de una vocación y no de su rentabilidad, un lujo que pocos hombres se permiten.

“Fernando: Me gustaría...me gustaría mucho, lo que te decía hace un rato, vincular mi deseo con mi realidad. Me gustaría mucho que se superpongan una vez más. Cuando trabajé en titiriteros fue una superposición casi perfecta. Me encantó trabajar de titiritero, me encantó. Es algo que no podría repetir ahora, no podría. Primero porque se vincula mucho con esa época tan turbulenta de mi vida, segundo porque no estoy en condiciones de volver a tratar de ejercitar la cosa actoral y esteé, tengo así como una negación fuerte con eso. Pero hay muchas cosas que me gustan hacer. Me gustaría, estudié para hacer documentales y tengo una perspectiva de hacerlos, estoy armando un grupo con el que por ahí sale algo... (¿Algo más artístico te gusta a vos...?) Fernando: Sí...y si no llega a ser artístico, y si es periodístico, que esté vinculado a las cosas que me interesan a mí. No la tecnología...”

Estos deseos no debieran ser penalizados considerándolos indignos, porque resultan muy comprensibles y legítimos. La cuestión consistiría en negociar al interior de la pareja conyugal y también con la realidad social, las estrategias que hagan compatible el sustento cotidiano en condiciones aceptables para todos, con la satisfacción subjetiva en el trabajo creativo y la disponibilidad de tiempo para las relaciones de intimidad. Tal vez el estudio de estos varones cuya masculinidad consensual ha resultado algo fallida, no del todo lograda de acuerdo con el modelo hegemónico, nos permitan construir modelos alternativos para una existencia más satisfactoria para todos.

Hemos prestado especial atención a la paternidad, debido a que el rol masculino como proveedor exclusivo de la subsistencia del hogar ha entrado en crisis y, al mismo tiempo, el rol paterno comienza a ser percibido como importante para la reproducción generacional y social.

También enfatizamos la diversidad de modalidades de construcción de la masculinidad, como un aporte para tomar distancia del modelo moderno de

masculinidad hegemónica (Connell, R., ob. cit.) y dar cuenta del hecho de que hoy, existen diversos modos de ser varón.

V- Conclusiones Provisorias

En este Informe hemos presentado los hallazgos de la Investigación sobre “Precariedad laboral y crisis de la masculinidad”. Nos resultaron especialmente útiles aquellos focalizados sobre las personalidades de los sujetos estudiados previas a la crisis socio económica argentina, tanto en los aspectos de sus inserciones laborales como de sus trayectorias de vida para la generación de ingresos económicos. También hemos analizado sus organizaciones familiares tanto con sus familias de origen como de sus familias actuales, y algunos rasgos específicos de su salud, en particular de su salud mental y sus recursos subjetivos para enfrentar situaciones de crisis vitales.

Hemos expuesto características específicas de la metodología de la investigación utilizada, que combina la modalidad habitual en los estudios psicosociales cualitativos con una escucha derivada del entrenamiento psicoanalítico con orientación en género. Esperamos que nuestros hallazgos contribuyan a ampliar la comprensión de las masculinidades contemporáneas en situaciones críticas y a profundizar en los abordajes de atención primaria y secundaria de la salud mental de los varones. Estas tareas preventivas y asistenciales se beneficiarán con el conocimiento acerca de sus déficits subjetivos y también de sus recursos para la resistencia y creatividad ante condiciones vitales adversas.

La masculinidad hegemónica convencional se ha mostrado como una condición de riesgo en situaciones críticas, mientras que las tendencias hacia una desgenerización de las subjetividades parecen más favorables para la creación de nuevos modelos de afrontamiento de los cambios sociales.

VI- Bibliografía

Badinter, Elizabeth: *El uno es el otro*, Barcelona, Planeta, 1987.

-----: *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza, 1993.

Bauman, Zygmunt: *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.

-----: *Amor líquido*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

Beccaria, Luis: “El debilitamiento de los mecanismos de integración social” en *Sin Trabajo*, Beccaria, L. y López, N. (comps), Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1996.

Benería, Lourdes: "Mercados globales, género y el hombre de Davos", en Carrasco, Cristina (ed.): *Mujeres y economía* Barcelona, Icaria Antrazyt, 1999.

Benjamin, Jessica: *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

-----: *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Bion, W. (1966): *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, Buenos Aires, 1996.

Bleichmar, Hugo: *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona, Paidós, 1997

Bonino Méndez, Luis: "Deconstruyendo la 'normalidad' masculina. Apuntes para una 'psicopatología' de género masculino" en *Actualidad Psicológica*, N° *Lo Masculino*, mayo de 1998.

Bourdieu, Pierre: *La domination masculine*, París, Senil, 1998.

Bourdieu: Campo de poder, campo intelectual, Buenos Aires, Folios, 1983

Burin, Mabel et. al.: *Estudios sobre la subjetividad femenina, Mujeres y salud mental*, Buenos Aires, GEL, 1987.

-----: con la colaboración de Susana Velázquez y Esther Moncarz: *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*, Buenos Aires, Paidós, 1990.

Burin, Mabel: "Género y psicoanálisis. Subjetividades femeninas vulnerables, en *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, de Burin, M. y Dio Bleichmar, E., (comps.), Buenos Aires, Paidós, 1996.

-----: "Género femenino, familia y carrera laboral. Conflictos vigentes" en Revista Subjetividad y procesos cognitivos N° 5 *Género, Trabajo y Familia*, Buenos Aires, UCES, 2004.

Burin, Mabel: "Trabajo y parejas. Impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros", en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, de Ma. Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena Guerrero, CRIM/UNAM. Cuernavaca, 2007.

Burin, M. y Meler, I.: *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

-----: *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Butler, Judith: *Bodies that matter*, Nueva York, Routledge, 1993.

-----: "Género, trabajo y familia", Informe final, UCES, 2004

Carrasco, Cristina (ed.): *Mujeres y economía* Barcelona, Icaria Antrazyt, 1999.

Chodorow, Nancy: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.

-----: *El poder de los sentimientos*, Buenos Aires, Paidós, 2003

Connell, Robert: *Masculinities*, Cambridge, Polity Press, 1996.

De Keijzer, Beno: "Paternidad y transiciones de género", en *Familias y relaciones de género en transformación*, de Beatriz Schmuckler (coord.), México, Edamex, 1998.

- Dío Bleichmar, Emilce: "Feminidad/Masculinidad. Resistencias en el Psicoanálisis al concepto de Género", en Burin, M. y Dio Bleichmar, (comp.), Género, Psicoanálisis, Subjetividad, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Dolto, Françoise: *La causa de los adolescentes*, Barcelona, Seix Barral, 1990.
- Du Moulin, John: (1991) citado en Bonder, Gloria: *Mujer y educación en América Latina: hacia la igualdad de oportunidades*, Ministerio de Cultura y Educación, Argentina, 1994.
- Freud, Sigmund:
- (1900) *La interpretación de los sueños*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1913) *La disposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1914) *Introducción al Narcisismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1915) Las pulsiones y sus destinos
- (1921) "Psicología de las masas y análisis del yo", t. XVIII.
- (1931) "La sexualidad femenina", t. XXI.
- Foucault, Michel: *El discurso del poder*, México, Folios, 1983.
- Gilmore, David: *Manhood in the making. Cultural concepts of masculinity*, New Haven, Yale University Press, 1990.
- Godelier, Maurice: *La producción de grandes hombres. Poder y dominación entre los baruya de Papúa Nueva Guinea*, Madrid, Akal, 1986.
- Gómez Solórzano, Marco Antonio: "Masculinidad en 'la sociedad de riesgo'", en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, de Ma. Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena Guerrero, CRIM/UNAM. Cuernavaca, 2007.
- Greenson, Ralph: "Des-identificarse de la madre. Su especial importancia para el niño varón", en Revista de la Asociación Argentina de Psicoterapia para Graduados, N° 21, Buenos Aires, 1995.
- Heller, Lidia: "La especificidad de los liderazgos. Distintas organizaciones, distintos estilos de liderazgo" en Revista UCES Subjetividad y Procesos Cognitivos N° 5, Género, Trabajo y Familia, 2004.
- Hidalgo Xirinachs, Roxana: Comentario al trabajo de Irene Meler "Género, trabajo y familia: varones trabajando", Revista Subjetividad y procesos cognitivos, Buenos Aires, UCES, abril de 2004.
- Kimmel, Michael: "La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes", en Fin de siglo "Género y cambio civilizatorio", Isis Internacional, Ediciones de las mujeres N° 17, Chile, 1992.

- Kristeva, J: "Acerca de un destino luminoso do la paternidad: el padre imaginario." en Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, vol.15, Nº 1, Buenos Aires, APDEBA, 1993.
- Lacan, J.: *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 1970.
- : *Las formaciones de lo inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.
- Lacan, J.: *Seminario 3, La psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1982.
- Lacqueur, Thomas: "Los hechos de la paternidad", en Revista Debate Feminista, año 3, Vol. 6, México, septiembre de 1992.
- Laplanche, Jean "El psicoanálisis como antihermenéutica" en *Entre seducción e inspiración: el hombre*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- J. Laplanche, J. B. Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1981
- Larguía, I. y Dumoulin, J.: *La mujer nueva. Teoría y práctica de su emancipación*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.
- Maldavsky, David: *Lenguaje, pulsiones, defensas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
- Mead, Margaret: *El hombre y la mujer*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1961.
- Meler, Irene: "Parejas de la transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa", Revista Actualidad Psicológica, Buenos Aires, 1994.
- : "La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico" en en *Varones. Género y subjetividad masculina*, de Burin, M y Meler, I, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- :"Los padres" en *Varones. Género y subjetividad masculina*, de Burin, M y Meler, I, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- : "Género, trabajo y familia: varones trabajando", Revista Subjetividad y procesos cognitivos, Nº 5, Género, trabajo y Familia; Buenos Aires, UCES, abril de 2004.
- : "Subjetividad y trabajo en la crisis de la Modernidad", en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, de Ma. Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena Guerrero, CRIM/UNAM. Cuernavaca, 2007.
- Millett, Kate,: *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1982.
- Rifkin, Jeremy: *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Rodulfo, Ricardo: "Del hombre buscando su lugar", Revista Postdata, Buenos Aires, Año 1, Nº 2, 1988.
- Rosaldo, Michelle y Lamphére, Louise (comps.): *Women, Culture & Society*, Stanford California, Stanford University Press, 1974.
- Rubin, Gayle: (1975) "El tráfico de mujeres. Notas sobre la 'economía política' del sexo", en *¿Qué son los estudios de mujeres?*, de Marysa Navarro y Catherine S. Stimpson (comps.), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1998.

Sanday, Peggy Reeves: *Poder femenino, dominio masculino. Sobre los orígenes de la desigualdad sexual*; Barcelona, Mitre, 1986.

Shorter, Edward: *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977.

Volnovich, Juan Carlos: "Generar un hijo. La construcción del padre", Postdata, Buenos Aires, Año 1, Nº 2, 1998.

Stoller, Robert: *Sex & Gender*, Nueva York, Jason Aronson, 1968.

Sullerot, Evelyne: *El nuevo padre*, Barcelona, Ediciones B, 1992.

Wainerman, Catalina: *Mamá amasa la masa*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1999.

Wainerman, Catalina, (comp.) *Familia, trabajo y género*, UNICEF/Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.

Winnicott, Donald: *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa, 1972.